

KRISHNAMURTI

Antología comentada de su mensaje

Presentación e Introducción

de

María Solá de Sellarés

NOTA DEL EDITOR

Como puede comprobar el lector, por la Bibliografía que se publica al final de este opúsculo, múltiples son los libros que recogen el mensaje de Krishnamurti, ya correspondan a lo que él directamente en ellos ha expresado, ya transcriban las conferencias que, tras la segunda guerra mundial, quedaron organizadas y en las que el propio Krishnamurti, en reuniones internacionales, expone sus ideas: Ojai, Estados Unidos, en mayo; Saanen, Suiza, en julio agosto; Brookpark, Inglaterra, en septiembre octubre, y la India el resto del año. Dándose cuenta Krishnamurti del valor de la *palabra* para quien desea oírla, en presencia personal, todos los años invita a que se congreguen en torno suyo a sus simpatizantes: así se establece un a modo de diálogo, aunque el oyente permanezca silencioso.

¿Cuál puede ser el objetivo de esta *Antilogía* ante el ya existente tan extenso material? Que el pensamiento de Krishnamurti llegue a difundir en su *máxima y sintética* expresión, y así penetre, sacuda y haga consciente la mente y el corazón de quienes la tengan en sus manos. Sumamente grave es el momento que vivimos como consecuencia de predominar en nuestra vida la violencia, la ambición, la competencia humana y nacional. Krishnamurti es una de las relevantes figuras de nuestro siglo por su capacidad de infundir el milenarismo espíritu del Oriente a la vibración razonadora y materialista del Occidente: el problema del mundo es el hombre, y sólo en sus manos radica la posibilidad de contrarrestar y neutralizar el tenebroso caos que por él se extiende, entre tantas y tantas maravillas.

¿Sería posible que una nueva maravilla entre ellas floreciera, simplemente la del AMOR DEL HOMBRE HACIA EL HOMBRE?

B. COSTA-AMIC

México, D. F.
Enero de 1983

PRESENTACIÓN

EL OBJETIVO de este opúsculo es llamar la atención del lector sobre el Mensaje de Krishnamurti, mensaje de hondura y radicalidad, sin embargo no contradictorio, a pesar de sus contundentes negaciones respecto al valor y eficacia de lo que ha constituido lo que podría llamarse el tesoro espiritual de la Humanidad. ¿Por qué me interesa referirme a ello? Las circunstancias me permitieron establecer contacto con esa relevante figura desde que, considerado valiosísimo miembro de la Sociedad Teosófica, se le destacaba como avatar de una nueva Era y alma de una Orden llamada “la Estrella de Oriente”. Me retrotraigo al periodo de los años veintes, Londres, París Viena, y siento que puede ser muy útil captar, en nuestra hora histórica, el por qué de esa insistencia negativa para que llegue a la conciencia de sus lectores u oyentes, el alcance de su Mensaje.

Considero útil transcribir aquí la declaración de Krishnamurti intitulada *Revolución fundamental*, con la que se encabezó su brevísima biografía¹.

“Se requiere una Revolución fundamental, radical, porque todo se derrumba en tomo nuestro. A pesar de cierto orden aparente, asistimos a una cierta descomposición, a un desmoronamiento; ola de destrucción que cabalga sobre la vida.

“La revolución que se necesita no puede basarse en una idea pues implicando una continuación, dejaría de ser mudanza radical. La revolución fundada en una idea es sangrienta y demoledora y provoca el caos.

“Esa transformación no puede confiarse al tiempo, sino que es de *ahora*. Siendo el tiempo continuidad no puede hallar lo eterno. La eternidad no es continuidad.

¹ *Krishnamurti*, número 1 de la Colección *Tradición sagrada de la humanidad*, Editorial Diana, México, D. F.

“La verdad, pues, tiene que ser descubierta de nuevo, pero tal descubrimiento no se produce por acumulación. ¿Cómo sería posible arrastrando el lastre de lo viejo? Sólo soltando ese lastre se descubre *lo nuevo*.

“La verdad no se puede comprar, vender, ni repetir; es imposible encontrarla en los libros: mora en la plenitud del amor, en el mensaje de todo cuanto alienta. Donde hay amor hay transformación.

“Cuando la mente no opone resistencia, cuando no enjuicia, ni resiste, ni elude, ni censura, sino que permanece en actitud receptiva a lo que *es* se efectúa en nosotros una transformación. Experimentadlo, y os daréis cuenta de que instantáneamente se produce la propia regeneración, una cualidad de frescura.

“Cuando la mente se halla en calma total, sin restricciones ni disciplinas; cuando no busca soluciones, respuestas o estímulos, es capaz de percibir lo verdadero y logramos la liberación”.

¿Por qué he estimado de importancia transcribir lo que antecede? Para que el lector se dé cuenta que Krishnamurti se dirige a quienes captan o intuyen el advenimiento de un periodo histórico en el que el enfoque de los problemas ha de ser radical, única posibilidad de lograr su verdadera solución.

Ese periodo quizá implique que un nuevo paradigma¹ venga a regir la vida social humana, y que hacia él están caminando quienes lo intuyen a través de los afanes e inquietudes que despliegan por un mundo mejor.

La *Antología comentada* que integra este opúsculo pretende presentar lo fundamental del mensaje de Krishnamurti, pero no imagine el lector que corresponda a soluciones insinuadas en ningún sentido. Sin duda, Krishnamurti destaca una sugerencia esencial y única, la que puede derivarse de la afirmación: “es el hombre el origen del caos del mundo”. De ahí que hable y escriba incesantemente, a pesar de reconocer cuán poco preparado se halla el terreno humano para que su palabra, que es simiente, pueda ser amorosamente acogida y esté asegurado su desarrollo.

Termino esta presentación con una afirmación final. Nada de lo que sustenta Krishnamurti mengua, en verdad, el valor de las joyas que hollaron en el pasado y a la Humanidad iluminaron. Pero el presente ha trascendido al ayer y arrastrarlo, además de ser un lastre, disminuye la claridad de la conciencia que ha de vibrar en armonía con cada instante para que no se enturbie la capacidad de una auténtica captación.

Ojalá sienta el lector la justificación de esta *Antología comentada* que ponemos en sus manos.

M. S. de S.

INTRODUCCIÓN

LA HUMANIDAD se desarrolla, podríamos decir crece, al igual que el organismo humano, y su crecimiento psicofisiológico va dando origen a más amplios estados de conciencia. Nos resulta natural comprender que el niño no se halla en condiciones de entender lo que corresponde al nivel adolescente, ni el muchacho captar la lógica propia de la vialidad. Similarmente, desde el hombre de las cavernas, la Humanidad ha ido enriqueciéndose y sensibilizándose, y así lo que resultaba misterioso en su etapa primitiva, pasa a ser algo evidente en una etapa posterior.

La imagen de semilla a que recurro para la Humanidad y para el Hombre, permite captar la categoría y alcance del potencial que una y otro encierran. La integridad de esa posesión nos permite comprender la importancia de los factores externos para que, armónica y plenamente, se desarrolle el potencial, y así llegue a su madura plenitud.

Pero tenga en cuenta el lector que tanto la Humanidad como el Hombre, corresponden a entidades naturales que existen en el seno de una realidad cósmica, pero que, asimismo, son criaturas de un mundo que va creando historia. Esto implica, en un aspecto, un proceso natural, y en otro, un proceso de posibilidades que vendrán a enriquecer lo que, mediante el aprendizaje, aumente el hombre las categorías los valores naturales. Sea un ejemplo el lenguaje, la facultad humana de comunicación, esa facultad que late en la semilla y que se actualiza con el crecimiento psicofisiológico y el ambiente humano. Pero el dominio del lenguaje es algo más que capacidad -lo esencial-, es asimismo posibilidad de superarlo mediante la voluntad y el esfuerzo humanos.

Lo que antecede como fundamento nos lleva a reconocer que la historia es el magno proceso en el que la Humanidad va alcanzado los niveles que en ella subyacen y que, con su logro, va trascendiendo las limitaciones propias del crecimiento.

Siento útil detenerme, en ratificación de las anteriores afirmaciones, en el periodo del siglo XV cuando, tras la Edad Media, el hombre entra en una significativa etapa de conciencia, ya no continúa supeditado a un alma colectiva que la orientó y rigió; llamada Iglesia, en lo religioso. Estados absolutos, en lo político. Se distingue la

¹ Véase la palabra *paradigma* en la Introducción que sigue.

nueva etapa con el nombre de Renacimiento e implica la presencia de la razón que dotará al ser humano de la posibilidad de ahondar los fenómenos del mundo natural y así descubrir las leyes que los rigen; así como le conducirá a que sea él quien interprete en lo religioso lo que la Iglesia confiaba a los Concilios para que inquietud alguna perturbara su alma inocente, o se inclinara a la herejía.

Fácil es darse cuenta lo que ese periodo llegó a significar: corresponde a la aurora de una extraordinaria etapa, en la que, atenta la mirada del hombre al mundo natural dará origen a la Ciencia, y en ahonde de lo metafísico lo liberará de autoridades protectoras. Pero en su soledad de adulto, tambaleará la firmeza de su fe en el destino espiritual. Aunque espléndidos hayan sido los frutos de ese inquietante siglo XV -lo patentiza la tecnología creada- parece como si nuestro siglo XX sintiera la imperativa necesidad de algo nuevo.

Algo nuevo, ¿en qué sentido? Están sugiriendo la respuesta los científicos, a pesar de que la ciencia haya sido entronizada a una máxima altura como hija predilecta de la razón humana. Y la sugieren destacados nombres. Muchos son los que se pueden mencionar: Everett Mendelshon, historiador y biólogo de la Universidad de Harvard; Theodore Roszak, autor del famoso libro *El hacedor de una contracultura*; Frank Rhodes, geólogo de la Universidad de Michigan; Abraham Maslow, psicólogo; Dietrich Shroser, físico y autor del libro *La física y la quinta dimensión*; Richard H. Bube de la Universidad de Stanford; Werner Heisenberg, también físico, etcétera. ¿Hacia qué tiende lo nuevo para esos científicos? Hacia lo místico e irracional, hacia el retorno de la sumergida sensibilidad religiosa, hacia el misterio, la ambigüedad, la contradicción ilógica y la experiencia trascendente. Todos ellos reconocen que algo falta con la pura aplicación de la verdad científica: dejar vacío el corazón del hombre. Y así, también de la Universidad de Harvard eleva su voz el ilustre físico, Morrison, para insistir en que el racionalismo ha de incluir lo irracional, y Thomas Kuhn, autor de *La estructura de la revolución científica*, arguye en su obra que “la ciencia no es acumulativa, sino que sufre colapsos y renacimientos después de cada cambio fundamental”, lo que le induce a recurrir a la palabra “paradigma” para que se iluminen con ella las teorías que puedan intuirse en cada nuevo cambio. Esto le lleva a sustentar que Copérnico estableció un nuevo paradigma científico con su *Universo heliocéntrico*, Newton con su *Ley de gravedad*, Einstein con su *Teoría de la relatividad*.

Me he extendido en lo que antecede para poner de manifiesto que son los propios científicos -las lumbreras de nuestro momento histórico-, quienes, arrancando del siglo XV y de la capacidad razonadora a que ha llegado el hombre, intuyen la necesidad de un nuevo paradigma -quizá ya no puramente científico- que corresponda al umbral de otro periodo histórico, y neutralice la “jactanciosa objetividad de la ciencia” (palabras de Mendelshon ratificadas por Heisenberg). El desequilibrio e insatisfacción que observan las mentalidades de más categoría de nuestro tiempo nos lleva a preguntar: ¿Hacia dónde orientarnos?

El siglo XV significó entrar en el predominio de la razón, función del intelecto, y se han logrado amplios y positivos frutos, pero el radicalismo racionalista no evita la inquietud del alma humana, y ésta se mantiene en expectación.

Entre las características que asoman en la segunda mitad de nuestro siglo XX, parece predominar la que nos lleva a una interiorización de la personalidad, esa interiorización que puede conducir, con la trascendencia de lo material externo y de lo sensorio natural, hacia una superación del racionalismo científico: ya no quizá tan sólo el hacia *afuera* experimentable, sino, con el misterio que ese afuera nos presenta, introducirnos en el que subyace en el *adentro* del hombre, y con una integridad realizada lograr la paz y la armonía del mundo histórico que estamos tejiendo.

El pensador que siento de mayores posibilidades para llevarnos a intuir el nuevo paradigma es el hindú Krishnamurti. Sus libros, sus conferencias, su proyección personal han puesto de manifiesto, desde el primer momento, hasta que punto ha ahondado los problemas de esta época, y de cómo debiera el hombre caminar hacia su solución.

En las páginas que siguen encontrará el lector el pensamiento de Krishnamurti difundido en este siglo. Ese pensamiento ha encarnado en unas palabras y en una actitud que enfoca los diversos aspectos del interrogante humano, pero siempre para llevar a sentir, a quienes a él se acercan, que sólo la COMPENSIÓN, no la conformidad a lo que él dice, descansa en la posibilidad ÚNICA de una conciencia despierta al momento que vive. He ahí lo que quizá pudiera estimarse como el nuevo paradigma de nuestra hora histórica. Pero ese nuevo paradigma tan sólo puede intuirse en el mensaje de Krishnamurti, intuirse nada más, pues ha de ser quien por él se interese que, al intuirlo, lo haga suyo. No es expresión mental, o evocación emotiva; no es algo externo, sino pura trascendencia, un *estado* que se realiza. Tras la agudización del intelecto que ha conducido a la máxima materialización de la vida humana con la insatisfacción que se ha producido, a pesar de sus conquistas, el mensaje de Krishnamurti trata de conducir hacia el despertar de la INTELIGENCIA, ese despertar que implica la serena e intensa atención del hombre hacia la realidad en la que se halla sumergido, hacia su vida individual y colectiva.

Aunque no sea una mayoría, sí existe una minoría consciente de que “una ola de destrucción cabalga sobre la vida”. ¿Es posible detenerla? Krishnamurti contundentemente afirma que sólo el hombre que es quien la justifica,

sólo él, QUE ES LA PROPIA OLA, puede lograrlo. ¿Cómo? No recurriendo a cambios externos, ni a valores que fueron, sino apelando a la facultad de VER que la inteligencia le otorga.

Quizá esta conclusión, por su misma simplicidad, resulte abstrusa para que algo signifique al hombre del siglo XX. ¡Es algo tan distinto a las rutas tradicionales! Que la lectura de esta Antología pueda convertir lo abstruso en luz orientadora.

M. S. de S.

*Nace la inteligencia cuando el espíritu,
el corazón y el cuerpo
se hallan en auténtica armonía*

KRISHNAMURTI

DIÁLOGO

¿Cuál es el valor del diálogo? -empieza así Krishnamurti su charla. Dialogar es resultado de afecto y armónico nivel espiritual. Cuando vosotros os reunís ante mí es que hay algo que os ha inducido a buscar mi presencia; ese algo puede ser una atracción afectiva por lo que de mí habéis oído. Esa atracción puede ser eficaz para establecer lo que podríamos llamar contacto espiritual el inicio del diálogo.

Pero algo más es indispensable: un armónico nivel entre vosotros que escucháis y yo que trato de iluminar, hasta donde sea posible, los problemas que perturban vuestra mente y vuestra vida. Iluminar, nada más, advierte Krishnamurti, porque la solución habéis de encontrarla vosotros mismos.

¿Cómo, si ese armónico nivel no existe, puede ser eficaz y útil el diálogo? Es decir, ¿cómo captar el alcance de lo que digo, el significado de alguna de mis afirmaciones? He ahí la necesidad de vuestra participación personal, la acción de cada uno transformada en actitud.

¿En qué consiste esa participación? En el arte de escuchar, de escuchar mis palabras tratando de captar su vibración, que no es conformidad a lo que diga, pues el intelecto ha de estar silencioso, limitarse a recibir lo que sin prejuicios, sin resistencia alguna, baña su mente. En esa actitud hay comprensión instantánea, no de afirmaciones, sino -podríamos decir-, de verdades. ¿Qué es la verdad? La percepción directa de lo que ES, de eso que sin divagaciones intelectuales, trato que constituya el *campo iluminado* de mi exposición. Sentir ese campo iluminado, es captar el diálogo, salvar el condicionamiento que os mantendría aislados y dejara que mi palabra quedara lanzada en el vacío.

Vosotros y yo deseamos realmente dialogar, entendernos durante unas charlas que no tienen otro propósito que establecer un *contacto* ¿En qué sentido? Entre la conciencia del que busca -¿no sois vosotros los que buscáis?- y la palabra de quien, si en verdad escucháis, puede despejar al destacarlas, las nubes que la enturbian.

Detengámonos un momento en una anterior afirmación mía: “la verdad es la percepción directa de lo que ES”, lo que implica que no es esto o aquello la verdad, sino “la directa percepción de lo que ES”; es decir, que solamente constituye verdad lo que cada uno de nosotros percibe. Alejados de la idea, del pensamiento, es pues, la acción directa -la percepción de lo que ES-, lo que destaca Krishnamurti como la verdad. Obsérvese el alcance de ese punto de vista: nada estático, nada asentado en el tiempo es la verdad; solamente lo que fluye, el movimiento -sólo lo que ES-, el ahora, pueden guardar la semilla de lo verdadero.

Obsérvese asimismo el aspecto revolucionario de la afirmación: solamente el hombre en acción libre y espontánea, en percepción directa puede captar la verdad que ES en el momento de la percepción. No *fue* la verdad, no *será*, ES ahora. No podemos así confundirla con una creencia, con un prejuicio, conceptos estáticos: necesitamos mente activa y corazón flexible.

Tras lo que antecede, creo que nada dificulta el diálogo que trataremos de establecer: me esforzaré en ir mostrando cuál es la causa de la miseria y de la confusión que caracterizan la vida de nuestro mundo, buscándola no en lo que ha consagrado la tradición, sino en lo que es consecuencia de la actitud y de la acción del hombre. Me esforzare en que vosotros, mis oyentes, captéis conmigo el proceso solamente posible si, en libertad de mente y corazón, sois capaces de escuchar, y me esforzaré finalmente en que sintáis -ojalá lo consiga la vibración de mis palabras-, la urgencia de vuestra mutación: solamente la paz, la armonía, el orden del individuo, pueden generar la paz, la armonía, el orden en el mundo que integra.

INTEGRACIÓN DE MUNDO E INDIVIDUO

Tras la afirmación de que el problema del mundo es el problema del hombre, se detiene Krishnamurti en consideraciones que ponen de manifiesto que mundo e individuo no son dos entidades, sino que constituyen una unidad que son, pues, un proceso total.

Pero surge un conflicto, lo que podríamos estimar desacuerdo entre el criterio común o corriente, y el de Krishnamurti. Generalmente se opina que hay que transformar al mundo para lograr una mejor realidad de la que tenemos. Y Krishnamurti considera que esto es un contrasentido: si cada uno de nosotros podemos ser punto de referencia para un cambio, ¿por qué inclinarse por el mundo que difícilmente puede ofrecerlo?

¿En qué sentido, partiendo del primer punto de vista, deberíamos movernos? ¿Yendo en pos de un modelo de perfeccionamiento individual? Esto conduciría, nos advierte Krishnamurti al autoencierro, al aislamiento, objetivo del todo contraproducente.

Desviémonos un poco observando lo que la sociedad estima como progreso, para patentizar que, si bien hay que reconocerlo en lo técnico, es nulo en el logro de una mayor sensibilidad del hombre. Efectivamente existen mejoras sorprendentes en el mundo material, pero, ¿qué es lo que se destaca en el individuo? El egoísmo por poseerlas, el afán de acumular en él todo beneficio. Hay, pues, un progreso sensorio, pero hay asimismo una creciente pobreza en la evolución de los valores individuales, los que pueden llamarse generosidad, desinterés, entrega.

Tenemos, por un lado, el progreso del intelecto que enriquece de dones la sociedad que el hombre integra y, por el otro, cada vez más pobreza de los valores que emanan de la inteligencia, los únicos que permitirían llamar auténtico el progreso no, en verdad, destrucción; autenticidad que depende de un cambio radical en la conducta humana

Entremos de nuevo, nos sugiere Krishnamurti, a considerar el mecanismo del cambio. ¿No se ha puesto de manifiesto, tras las antecedentes consideraciones, que es el hombre quien ha de lograr en sí mismo aquello que falta en el mundo? El progreso intelectual nos encamina no sólo a la prosperidad material, sino al predominio de todo lo que le acompaña: violencia, ambición, competencia etcétera, y sólo el individuo, en ese proceso total, puede lograr la neutralización de aquel predominio, transformando su conducta. Quien desee comprender el significado de la existencia ha de comprenderse a sí mismo, no en oposición al todo, sino como proceso total.

Liberándose el hombre de antagonismos: creencias, nacionalismos, posesiones, se sentirá en proyección amorosa y en esa proyección se habrá convertido en elemento transformador del mundo.

EL INTELECTO Y LA INTELIGENCIA

¿Qué diferencia existe entre el intelecto y la inteligencia? Intelecto e inteligencia, afirma Krishnamurti, tienen un origen común: son energía que se manifiesta en el hombre a través del órgano llamado cerebro. El intelecto ejerce su función como pensamiento que, por moverse dentro del tiempo, está condicionado, es decir, por ser almacén de recuerdos, del ayer, de lo vivido, ejerce una influencia decisiva y, dentro de estos límites, el hombre carece de libertad.

Si existe un origen común entre uno y otra, ¿cuándo la división tiene lugar? El condicionamiento del intelecto va afirmando la personalidad con el fraccionamiento propio de su actividad humana, ese fraccionamiento causante de los conflictos que caracterizan nuestra vida individual y colectiva, del desequilibrio que nos amarga y atemoriza.

La inteligencia es energía que se irradia también del cerebro cuando él está en reposo como intelecto, es decir, cuando no actúa en función del pensar. Su silencio origina entonces el despertar de algo que el pensamiento no conoce porque corresponde a una nueva dimensión, a la totalidad de la vida, no a su fragmentación: es el campo de lo nuevo.

¿Puede irradiar esa nueva dimensión hacia la vida diaria y transformarla? Sí, es posible, nos dice Krishnamurti si la acción del hombre arranca de la inteligencia, no del intelecto fragmentado. Recordemos que todo cambio en esta hora de crisis, en verdad crucial, ha de recibir la vibración de un nuevo paradigma, el de la inteligencia, y que esto se realiza cuando ella aprehende la función del intelecto y sus errores, aprehensión que implica que la energía parte de otro estado de conciencia.

Esto no es fácil, ¿por qué? Porque el yo del hombre, alma de la etapa que ha de trascenderse, INSTINTIVAMENTE reacciona en contra. Poderosamente resiste lo que ha sido, pues de lo contrario dejaría de ser. He ahí lo que corresponde a la nueva dimensión, dejar de ser ente individual, criatura separada, intelecto, pensamiento en el tiempo para, en su silencio, ascender a la fuente original de energía, y en amorosa actitud de entrega, entrar a percibir, sumido en ella, la integridad de la vida cósmica.

EN TORNO A LA CRISIS DE NUESTRO TIEMPO

Destaca Krishnamurti la importancia de la crisis que estamos viviendo, de importancia porque gira en torno a ideas, no a problemas nacionales, políticos o sociales. Sin duda esos problemas subsisten, pero lo fundamental en nuestra etapa histórica es el predominio que ha adquirido el pensamiento para regir la vida nacional e internacional.

A través de la idea justificamos el asesinato, ya sea del hombre o de una comunidad; justificamos la explotación de lo que sea, a través de la propaganda, por ejemplo la transformación del hombre; la paz por medio de la violencia; la categoría por medio de la posesión material o la creencia. La estructura de la idea trata de justificar el mal en búsqueda de un resultado benéfico, de valorar lo material a tal grado que queda eclipsada la categoría de lo espiritual.

La característica especial y singular de nuestra crisis obliga a que se busque su enfoque y solución, por medio de algo también especial y singular: una acción sin precedentes; no basada en ideas, en métodos; no vinculada al proceso de lo que fue, el tiempo; no supeditada sino libre.

Y Krishnamurti continúa: sólo en la regeneración instantánea, inmediata del hombre; solamente en su transformación AHORA, no mañana, podemos situar la raíz de un cambio, de un cambio que pueda anunciar la trascendencia de la realidad que nos angustia. Los valores humanos quedaron eclipsados en nuestra actual crisis, y del hombre fundamentalmente se destaca su intelecto que otorga un predominio extraordinario a la expansión técnica, material de la vida. Para dotar de espíritu ese predominio, se impone la auténtica transformación de quien lo posee y en él ha asentado toda su riqueza. Tan sólo en el creador de la crisis existe la posibilidad de su superación. Trascenderla exige una actitud atemporal, el silencio de la mente que es revolución del pensamiento, esa revolución que ha de vivir el hombre por sí mismo, no mediante libros, pues tan sólo de su mutación inmediata y radical puede surgir el cambio que nos libere de la sofocante realidad.

¿PUEDE EL HOMBRE LIBERARSE DEL TIEMPO?

¿Qué significa vivir en el tiempo? Y así empieza su charla Krishnamurti, para advertir que no se refiere al tiempo cronológico, sino al psicológico. ¿Es posible quedar al margen del tiempo? Y aclara: estamos reunidos porque deseamos hallar solución a los problemas que nos acosan y que motivan el dolor y la confusión de nuestra vida. ¿Sentimos un verdadero interés en superarlos? Si es así, insistamos en la pregunta: ¿Qué es vivir en el tiempo? Moverse en la red del devenir, en la continuidad, en el constante eco del ayer. Dejar que el pensamiento prosiga divagando, sin poner fin a proceso alguno. Formulamos la pregunta porque nos interesa enfocar un problema nuevo, pero, ¿con qué actitud NUEVA recibimos la respuesta, y con el problema nos enfrentamos? En tanto que el pensamiento continúe moviéndose en términos de lo viejo, lo que parece nuevo envejece y prosigue en el seno del tiempo.

¿Cómo trascender lo viejo naciendo a lo nuevo? Poniendo fin a la actividad mental, conquistar el silencio, y contemplar lo que *es*, puramente *siendo*. Mis palabras advierte Krishnamurti, no son jerigonza, pero implican algo tan distinto a lo que estamos acostumbrados, que puede parecerlo. Solamente logramos situarnos en el límite del tiempo cuando en plenitud de entrega, en concentración pura, lo contemplado y el contemplador se han fusionado en una unidad. Esa fusión es lo nuevo, lo atemporal.

Insistamos: estamos libres del tiempo cuando el entendimiento queda, en actitud consciente, totalmente absorbido en aquello que constituye su máxima atención, y en este estado de integración absoluta se ha desvanecido el pensar y las ideas en torno al devenir, a lo moral, a lo justo e injusto, en una palabra, a cualquier actitud de selección que siempre conduce a contradicciones.

Poner fin al pensamiento es estar en la verdadera meditación, y a través del cambio fundamental que ella implica, captar instantáneamente el proceso del devenir. Sin duda que ello no significa inclinarse por la justificación de la irresponsabilidad o de la indiferencia de lo que, en verdad, nos corresponde. La vida creada impone un cometido que ha de cumplirse en su exacto valor, sin que esto implique supeditar la conciencia que ha de ser libre para la vida creadora, y así independizarse del tiempo.

¿LUCHA? ¿FELICIDAD?

A veces -empieza Krishnamurti-, nos sentimos embargados por una emoción que podríamos definir como de felicidad. Nada nos perturba, nada deseamos, ningún conflicto nos inquieta. Somos conscientes de que perduran los problemas en nuestra vida, pero como si hubiéramos llegado a un remanso, nos invade una serenidad que es paz, un sentimiento que es verdadera plenitud.

En semejante estado, echad una inquisitiva mirada observadora a lo que constantemente altera esa calma y os daréis cuenta que apuntan diversos factores que, entonces, podéis contemplar dentro de un proceso total. Corresponden a los normales niveles de vuestro vivir: realidad económica, desavenencia familiar, actividades conflictivas en el trabajo, etcétera. ¿Por qué el proceso total que hubiera permitido un enfoque en equilibrio ha quedado fragmentado y, por lo tanto, perturbado por conflictos?

Cuando en momentos de calma nos mantenemos en formal expectación, en silenciosa observación de lo que constituye el vaivén de nuestra vida, llegamos a reconocer sin gran dificultad, lo que significa la proyección de un verdadero pensar. Cuando el verdadero pensar que es constante movimiento actúa, la actitud deriva de una percepción consciente de todos los momentos de la acción, y esa percepción lleva al hombre al obrar independiente y libre, a actuar al margen de la opción, generadora de conflicto.

¿Dónde tiene su origen el verdadero pensar? En el conocimiento de uno mismo, en forma tan íntegra que la experiencia, plenamente realizada, no deja huella, es decir, no deja recuerdo. Si ese pensar auténtico, sin residuo, lo aplicáis al vaivén de vuestra vida integrada por diversos niveles, percibiréis el vaivén como proceso total y, por lo tanto, como pura manifestación de la vida, como movimiento, en el que no caben las contradicciones.

El verdadero pensar nos libra del conflicto de los opuestos; bien, mal; puro, impuro; de la contradicción que arraiga en el yo del hombre y que claramente se proyecta en el mundo. Vivimos para que el vivir signifique expansión de una conciencia que, a través de una individualidad, va creciendo e incorporándose a una realidad cósmica. Nuestro actual momento histórico corresponde a ese despertar en el que apunta la inteligencia para que su comprensión nos lleve a superar contradicciones origen de conflictos y, en puro crecimiento, vaya realizándose la transformación del ego humano, ser individual, en partícula cósmica.

LA CONSTANTE LUCHA DEL VIVIR HUMANO

¿Qué hay de erróneo en el constante afán del hombre por devenir? En breves respuestas lo destaca Krishnamurti.

Devenir implica siempre repetición, cultivo de la memoria, acentuación del yo, *deseo* de ser, en vez de SIMPLEMENTE SER. He de comprender el proceso en torno a la lucha por devenir, para que la comprensión permita el cese y, en ese cese, en ese fin, florezca la libertad.

¿Cómo lograr esa comprensión? De ninguna manera en lucha porque es precisamente su proceso lo que encierra al hombre en sí mismo, encierro que le priva de toda libertad. El hombre luchador, el rectilíneo, desarrolla su voluntad como medio de resistencia, y así origina el conflicto que no le permite reconocer la verdad, lo que ES. Cuando no hay juicio, cuando no hay rechazo o condena, se acepta y se vive en armonía con la vida, y nada perturba la paz y la calma de una mente que anteriormente se debatía en la inquietud.

Esa serena actitud se halla profundamente relacionada con el pensamiento. ¿Qué es pensar?, inquiriere Krishnamurti. La experiencia que, en forme de pensamiento vive la mente, queda registrada como memoria, y es la respuesta condicionada que ella lanza al desafío de lo nuevo. Pensar es siempre proceso de reacción derivado de lo que fue, y nunca puede ser nuevo.

El pensamiento es, pues, una experiencia de la mente y no realizada en plenitud, deja un residuo que conocemos como memoria. Para evitar ese residuo, hay que ahondar con lentitud el proceso del pensar hasta llegar al cese de la actividad mental. He ahí el camino del conocimiento propio, de la meditación que conduce a la acción liberadora en trascendencia a la lucha propia del vivir humano que esclaviza.

Consideremos otro aspecto del constante afán por devenir. ¿Qué implica su desarrollo? La existencia de tres factores: el que se afana, el proceso o acción y el resultado, tres factores que, sin embargo, constituyen una unidad. ¿Podríamos integrarlos en esa unidad? sí, si nos mantenemos en la vivencia de la acción. En este caso no vamos en pos de un fin, de un resultado, y permanecemos en la plenitud del obrar que, asimismo, eclipsa a quien podría moverse en pos de algo.

Sin duda, es dolorosa la constante lucha del vivir humano porque se mueve en incesantes contradicciones. ¿Cómo evitarlas o trascenderlas? Siendo consciente a la vivencia de la acción, pues esa vivencia, que es ser en plenitud, lleva a sentir el júbilo, casi podríamos decir el éxtasis, de la libre acción creadora.

PENSAMIENTO E INTELIGENCIA

Nos introduce Krishnamurti en la charla manifestando que el cerebro actúa siempre según su condicionamiento y las diversas formas de estímulo: nunca cesa su actividad. Es la reacción del tiempo, de la memoria: late en él todo el pasado. ¿Es posible que ese cerebro, síntesis de todo lo vivido y que, instantáneamente, a cualquier desafío deje de hacerlo alguna vez y, en la tranquilidad del intervalo, otra reacción, quizá nueva, se produzca? ¿Es posible? Para que así sea, es necesario que el cerebro antiguo se mantenga sin funcionar, dejando el campo libre a un nuevo movimiento. Esto implica calma, no impuesta, sino consecuencia natural de algo que se observa. El estado de sosiego puede perdurar, lo que significa que el antiguo condicionamiento solamente actúa cuando la mente lo permite.

Con la afirmación que antecede no se pretende división alguna en la estructura del cerebro: simplemente que una parte es antigua y otra, sin estar separada, es nueva. Que ésta no puede manifestarse, si aquélla no está en sosiego, y que este sosiego depende de haber captado la necesidad de descubrir lo nuevo, aunque no sea lo antiguo, quien sea capaz de lograrlo.

¿Cuál es la relación de esa cualidad, de esa dimensión nueva, desconocida, inasible por el cerebro antiguo, con mi vida cotidiana? He captado esa dimensión porque he percibido que el antiguo cerebro jamás puede ser libre y, por lo tanto, que a incapaz de descubrir la Verdad. ¿Pueden existir conexiones entre uno y otro? ¿Puede haber alguna correspondencia entre el primero, y la libertad, el amor, lo desconocido? Si el cerebro antiguo es lo que establece la relación con lo desconocido, lo desconocido integra lo antiguo, el condicionamiento; pero si es lo desconocido quien mantiene la conexión con lo antiguo, la situación es totalmente distinta.

Cabe ahora preguntar: ¿Qué entidad desea la existencia de una relación entre uno y otro?; ¿quién la exige? Si es el cerebro antiguo, integra lo viejo y, por consiguiente, no hay relación real entre los dos, porque el pasado carece de vínculo con la libertad, el amor, la nueva dimensión. Pero la nueva dimensión y el amor sí pueden tener contacto con lo antiguo. ¿Cuál es nuestra actividad en la vida cotidiana, cuando lo antiguo no tiene relación con lo nuevo, pero es lo nuevo quien establece conexiones al ritmo de los movimientos de la vida? ¿Cómo lo nuevo actuará en el campo de lo conocido donde funciona el cerebro antiguo con todas sus actividades?

Cuando el cerebro antiguo *reconoce* que no puede comprender lo que es la libertad, descubrir lo que es lo nuevo, esa percepción ES la semilla de la inteligencia. Es la inteligencia. ¿Y qué conexión existe entre esa inteligencia y lo desconocido hasta ahora? Nace cuando la mente descubre sus propios límites, de lo que es capaz y de lo que es incapaz; funciona en el campo de una dimensión distinta cuando la mente antigua hállese en silencio y la acción se realiza en la libertad.

RELACIÓN ENTRE EL PENSAR Y EL SENTIR

Observad -dice Krishnamurti- que el pensador existe solamente cuando hay pensamiento, y al daros cuenta de esto, observaréis asimismo, que es la inestabilidad del pensamiento lo que crea y fortalece al pensador. De ahí deriva la relación entre lo que parece permanente, el pensador, y lo transitorio, el pensamiento, aunque, en verdad, el pensador sea también transitorio por ser resultado del pensamiento.

No es esto palabrería, deteneos en ello vosotros mismos y llegaréis a la conclusión de que el pensador no existe, derivando su realidad del pensamiento que lo engendra. Algo más podréis captar si os detenéis en el proceso del pensamiento y lo vivís plenamente, sin resistencia del principio al fin. La mente logrará, en ese fin, una tranquilidad que corresponde a un estado de vivencia que es acción pura: no existe actor ni resultado, experimentado ni experiencia.

Cabe ahora -continúa Krishnamurti- formular esta pregunta: ¿Existe alguna relación entre el pensar y el sentir?

Sabemos que el pensamiento es simple respuesta, placentera o dolorosa, de la memoria, y que el sentir, en su acepción amorosa, no sentimental, no puede quedar integrado en la esfera del pensamiento. Pensar es recordar, en tanto que sentir es amar, amar de instante en instante en actitud creadora, gozosa. Cuando el pensamiento trata de controlar el amor, legalizarlo, lo destruye, pues lo convierte en recuerdo.

La vida es una integración de desafío y respuesta: lo nuevo, el sentir, invita en desafío; lo viejo, el pensar, responde en condicionamiento, y responde así porque la experiencia vivida no fue comprendida y quedó perdurando como residuo, como pasado vinculado al tiempo. Ahondad el pensamiento, recomienda Krishnamurti para que, comprendiéndolo, se cierre el círculo y, liberado del pasado, pueda el hombre vivir día a día, minuto a minuto. Cesando la memoria nada obstaculiza la armonía entre desafío y respuesta, entre el sentir y el pensar: cada instante es un instante nuevo y cada movimiento una renovación.

IMPORTANCIA DE LA PERCEPCIÓN

Constantemente, insiste Krishnamurti, en que conozcamos las limitaciones de la mente para evitar que sea su proyección, residuo del pasado, lo que se interfiera en el despertar de lo nuevo.

¿Cómo lograr ese conocimiento? Siendo conscientes de esas limitaciones: he ahí la actitud fundamental. Ser conscientes implica capacidad de atención, de penetración de esos límites, en actitud plenamente imparcial, es decir, sin nada rechazar, ni nada justificar. Cuando esto se realiza queda la mente liberada y podemos ir en búsqueda de la verdad.

Téngase en cuenta, sin embargo, que nunca será el yo quien pueda realizar esa experimentación, porque el yo es asimismo limitación que ha de ser trascendida. Y advierte Krishnamurti: No imaginéis al oír mis palabras que estoy sugiriendo hábito alguno. No es hábito lo que el auténtico vivir nos revela en su proyección maravillosa, sino acción, acción de instante en instante, acción que percibimos en la manifestación de la realidad que nos circunda.

Así, la observación imparcial ha de ser la actitud pro mera, tras la cual en el seno de su silencio surja el vacío que, eclipsando el problema, genere un nuevo estado.

Sintetizando podemos darnos cuenta que, hasta que la mente cese su actividad, hasta que no se haya liberado de los problemas que su obrar había creado -nuestra conciencia genera su liberación- hasta entonces no puede existir la percepción pasiva que permita una constante renovación, y con ella, un estado creador, en verdad, revolucionario,

EN TORNO A LA MUTACIÓN

Krishnamurti constantemente se refiere a la mutación, es decir, a que toda transformación ha de producirse ahora, no mañana o después. ¿Qué implica esta afirmación? Que ninguna transformación es efectiva si no trasciende los límites del tiempo. En tanto que demos vueltas a un problema, que tratemos de analizarlo, estudiarlo, el problema subsiste; solamente se desvanece cuando queda libre del tiempo.

El pensamiento es quien motiva el problema y, como fruto del pasado, continuará subsistiendo hasta que cese la idea que lo ha creado. ¿Cómo lograrlo? A través de la observación, de la percepción pasiva, es decir, sin actitud de condena o justificación. ¿Qué es lo que implica esa actitud de calma e imparcialidad? La entrada al conocimiento de sí mismo, base fundamental de toda transformación. ENTONCES entra el hombre a vivir un proceso que podríamos compararlo al del campesino y su campo de laboreo supeditado al ciclo estacional. Poned atención, en ese ciclo, al periodo invernal, cuando la tierra descansa y, así, se produce la renovación en primavera.

Mentalmente deteneos en ese descanso, ahondadlo en pasividad y silencio, y percibiréis el desafío de lo nuevo cuya respuesta podrá partir de algo, el propio pensamiento, ya no residuo del pasado. El propio problema ha ofrecido su respuesta por haber sido comprendido, comprensión que deriva de la serenidad de la observación, de haberlo acogido y amado sin rechazo ni deseo.

Y así como la naturaleza nos destaca, en su ritmo maravilloso, el movimiento incesante de la Vida, así el hombre puede entrar a vivir en armonía con la vida que no es lucha angustiada, sino luminosa bienaventuranza

EL MAESTRO

Krishnamurti escribió en su adolescencia un libro intitulado *A los pies del maestro*. Podemos deducir por su título que el discípulo, a los pies del maestro, va tratando de recibir fervorosamente sus enseñanzas para que su palabra pueda convertirse en norma de su vida.

Sin embargo, en conferencias posteriores, ya en la madurez de su vida, dice y repite que nadie acepte ni siga sus propias manifestaciones, o las de cualquier otra persona ¿Qué implica este cambio de actitud? ¿Negación del valor del maestro, o simplemente insistir en que los oráculos, por elevados que sean, carecen de toda importancia, si quien los escucha, tratando de captar la verdad encerrada en su pensamiento, no siente el impulso de la acción, no trata de realizarla?

Krishnamurti con su actitud de negar el valor de la palabra de quien la expresa, o de cualquier texto escrito, nos invita a trascender la magia de la autoridad que pudo ser valiosa, sumamente valiosa en determinado nivel humano, pero que carece de sentido cuando se llega a cierta madurez. La madurez significa para Krishnamurti, capacidad de acción, no divagación por el mundo del pensamiento, por profundo que sea. Pensar es teorizar siempre, proyectar un pasado que nada vital aporta, y el momento que vivimos es de acción lo único que puede revelar lo nuevo.

Con esta finalidad, radicalmente Krishnamurti afirma: ¿Para qué buscáis a un maestro? ¿Para que os transmita lo que sabe? Su conocimiento está vinculado al pensamiento que es memoria, pasado; no es, pues, verdadero, auténtico, carece de la frescura de lo nuevo. El pensamiento actúa *siempre* como saber; su campo es conocido, es su prisión. Salir de ella implica simplemente decirse: “nada sé”, y así descender del propio sitio y, en estado de máxima humildad, sentir la libertad que emana de la inteligencia.

Y termina Krishnamurti su charla con una consideración final: En un maestro, por categoría que tenga podéis hallar satisfacción, pero no entendimiento. Sois vosotros mismos quienes habéis de reconocer la insensibilidad de vuestro vivir y, en percepción pasiva, nacer al silencio que dimana del eclipse del yo, del individuo, del

observador: nada sé, pues sólo en ese eclipse, en ese silencio, puede producirse algo nuevo, lo indescriptible, lo desconocido.

¿EXISTE LA REENCARNACIÓN?

He ahí cómo enfoca Krishnamurti la respuesta a esa pregunta:

“¿Qué es lo que podemos imaginar reencarna? El yo, síntesis de afanes, de realizaciones, de fracasos y ensueños, o una entidad espiritual, independiente de ese yo, atemporal e inmortal ¿por lo tanto? Esa entidad me trasciende, se halla más allá de mí, no puedo investigarla porque yo soy mortal, vivo en el tiempo.

La inquietud humana no piensa en ese ente espiritual cuando se preocupa por la reencarnación, sino que la relaciona con el yo concreto, integrado de una realidad fisiológica y psicológica, por un individuo que ha vivido su vida material, y nos interesa saber si continuará perdurando cuando muera su cuerpo físico.

Detengámonos -invita Krishnamurti- en la palabra “continuará”. ¿Qué es lo que ha de continuar? ¿El yo soy? Si continúa carece de renovación, se repetirá en formas diversas, pues para que la renovación pueda producirse ha de haber terminación. ¿Qué significa, en este caso, terminar? Morir, puesto que tan sólo en la muerte hay renacimiento.

Y llama Krishnamurti la atención sobre el alcance del fin, ese fin que cierra un pasado y abre la perspectiva a lo nuevo. ¿Cuándo lo nuevo ES? Solamente en la muerte, en el terminar, no en la continuidad. Vida y muerte constituyen una unidad, y sólo es inmortal lo que constantemente muere y constantemente se renueva. No divagar, pues, en torno a la continuidad que es una idea, sino en torno a la vida en la que subyace la muerte. Morir a cada minuto para no acrecentar el archivo memorístico que es continuidad; morir a cada instante para renovarse eternamente.

PERCEPCIÓN E INTERÉS

Generalmente -empieza Krishnamurti- cuando se suscita un problema, vais en pos de su solución, de su respuesta, en lugar de ahondarlo; y recurrís a libros, a gurús para que os den esa respuesta. ¿Cuál es el resultado?, la pérdida del directo interés por lo que deseáis averiguar.

Todo problema es nuevo a cada instante: es un desafío. La vida es desafío y respuesta, pero yo intervengo con mi condicionamiento. ¿Sería posible que lo hiciera con pureza de mente y por lo tanto, de un modo nuevo? Observemos en qué forma la directa o consciente percepción depende del interés. ¿Qué es el interés? ¿Qué lo genera? Vuestra actitud, vuestra apasionada atención por lo que expongo, os induce ahora a seguirme, quedáis contagiados y sentís interés, pero es superficial, y el vaivén de vuestra vida va a desvanecerlo tan pronto como os alejéis de mi presencia.

La etapa que dedicáis al sueño, puede ser útil para lograr la percepción que tan fácilmente se desvanece. Observad por qué. La conciencia humana se integra de muchas capas y, generalmente, nos movemos en las más extensas. Cuando un problema ha estado más o menos preocupando durante el día, al llegar la noche en que queda silenciosa la conciencia de vigilia, entra en acción la más oculta y, al despertar, el problema ha adquirido significado distinto.

No es indispensable el sueño para que esto se realice; tranquilizad vuestra mente durante la vigilia, sentíos en relación directa e inmediata con el problema, en este caso percibid, y actuarán las sugerencias del inconsciente, ese inconsciente que actuó en el sueño.

En todo lo que expongo, no aceptéis mi palabra: me basta que os induzca a que percibáis por vosotros mismos lo que integra vuestra personalidad. Ese conocimiento propio es la base de toda comprensión, el hilo conductor hacia el verdadero pensar, la visión luminosa de que en uno mismo descansa toda sabiduría.

Volvamos al interés. ¿Por qué lo corriente es la desviación hacia la indiferencia? Porque el vivir cotidiano con sus angustias, sus distracciones, su mariposear, absorbe por completo nuestra atención. El mundo se halla en crisis y requiere de individuos que, por esa crisis, seriamente se preocupen. Preocuparse es ser sensible a la realidad que vivimos, interesarnos por los problemas que la acosan y, de esa sensibilidad y de ese interés, dimanará la percepción de la importancia y la urgencia de la acción inmediata.

RELACIONES HUMANAS

Empieza Krishnamurti diciendo que desearía hablar sobre las relaciones humanas, sobre lo que es el amor y la existencia del hombre integrada por la vida cotidiana, sus problemas, conflictos, placeres y temores, así como referirse a esta cosa extraordinaria que se llama la muerte.

Considera que deberíamos comprender como hecho real, no como teoría o hipotético concepto, que nosotros somos el mundo y que el mundo es nosotros mismos. Esto nos llevaría no sólo a la comprensión, sino al sentimiento de una enorme responsabilidad, así como a una acción global, no fragmentada. Comenta la palabra “relación” que implica que estamos vinculados no por nuestras acciones, proyectos o ideologías, sino en un sentido en el que la división no existe a nivel alguno. La raíz primordial de individuo significa que no hay fragmentación en él, que constituye una unidad indivisa, una armonía entre espíritu, corazón y organismo físico.

Si observáis la estructura y naturaleza de la imagen que cada uno construye de sí mismo: su impulso personal, su envidia, su afán de competencia, comprenderéis el porqué es imposible que existan auténticas relaciones humanas, y asimismo comprenderéis que esta imposibilidad puede desvanecerse con la verdadera observación del hecho. Esa observación es la que permite descubrir que la corrupción satura todo vínculo humano, nuestra relación, corrupción que se refleja en la estructura exterior de nuestra sociedad. Así, a pesar de que funcionen hogares, a pesar de nuestros CORDIALÍSIMOS (?) contactos personales, lo único que tratamos de evitar es la soledad, lo único que nos interesa es encontrar una amable compañía. ¿Por qué? Porque lo fundamental de esa relación es el amor. ¿Lo conocemos, o lo hemos confundido con el placer del sexo, ese placer que, consciente o inconscientemente, constituye el móvil de nuestra vida?

Quizá alguien opine que soy excesivamente radical en mi afirmación. Me permito, pues, preguntarle: ¿Su actividad, su actitud personal, hállese libre de ambición, de envidia, de exaltación patriótica -qué es pura competencia? Porque tan sólo en la liberación de todo ello, puede conocer lo que el amor es.

Nuestras relaciones recíprocas SON lo más importante de nuestra vida, aunque al observarlas nos damos cuenta que siempre implican angustia, sufrimiento, inseguridad, miedo, lo habitual de nuestra existencia. ¿Podríamos descubrir cuál es el profundo significado de esa complejidad? El que en nuestras relaciones siempre se desliza el yo con su tendencia a favorecerse o al predominio y, en lugar de salvar nuestra soledad o neutralizar nuestras preocupaciones con el amor o la entrega, la agudeza del egocentrismo mantiene, en verdad fortalece, el desequilibrio que caracteriza nuestra vida social.

¿Cómo desviar esa constante actitud egoísta? Tan sólo la concentrada atención hacia los hechos que la han creado, puede hacernos conscientes de hasta qué punto la característica de nuestro vivir es generadora de conflicto.

Puede ser útil además el que tengamos en cuenta, en la plenitud de la vida física, no en la decadencia de la vejez, una idea de lo que es la muerte, esa idea a la que rehuimos sistemáticamente. ¿Qué es morir? No algo vago, indefinido, lejano, sino un aspecto de nuestra vida.

Y tras algunas consideraciones sobre la perduración del alma tras el fin del organismo físico, introduce Krishnamurti la imagen psicológica de la muerte, la muerte interior ¿Qué significa psicológicamente? Poner fin a la continuidad morir cada día a todo lo creado para renacer al siguiente sin lastre alguno, totalmente inocente. Descubramos por nosotros mismos lo que quiere decir morir; se desvanece en el enfrentamiento todo temor porque cada día es un día distinto; es poder contemplar la vida a cada instante como algo totalmente nuevo, como el nacimiento a un estado atemporal, amoroso, vacío; como el nacimiento a una eternidad que se realiza.

LA MEDITACIÓN Y SU INTERROGANTE

Cuando recorremos el mundo en actitud de abierta y serena observación, nos sacude a tal grado lo que contemplamos, que sentimos profundamente la necesidad de una revolución radical, así como de una nueva cultura que venga a substituir la moribunda que nos arrastra. No estimo de efecto alguno -dice Krishnamurti- un cambio periférico; se impone un decidido cambio psicológico, solamente posible gracias a la meditación.

Meditar es lograr una total liberación de energía pero como sea que se trata de un problema complejo, hay que ir penetrándolo desde ángulos distintos, sin perder de vista el objetivo: la necesidad de una revolución psicológica que dé origen al nacimiento de una sociedad distinta.

Es muy probable que todos nosotros, burgueses, con nuestros razonables ingresos y obligaciones familiares, preferiríamos que nada viniera a perturbar nuestra actual situación; pero el mundo externo, con su constante transformación y su técnica, sigue su marcha, y se impone que nosotros no continuemos inalterables. La revolución a que hago referencia solamente puede producirse en la intimidad de nuestro ser, y exige el gran caudal de energía que solamente la meditación puede liberar.

Existen muchas opiniones respecto a lo que es la meditación. Las ideas vienen del Oriente, y las interpretamos según nuestras tendencias religiosas individuales. Son: contemplación, plegaria, tranquilidad de la mente, apertura mental, etcétera. Preguntemos primero: ¿cómo disponer de ese caudal de energía desprovista de toda fricción?

Conocemos la mecánica resultado de frotación mecánica, la psicológica, fruto de conflictos, resistencias. ¿Podríamos concebir una energía absolutamente libre e inmensurable? Todas las formas de meditación procedentes de la India y de los distintos grupos contemplativos de monjes, giran en torno a la idea de dominio, de aceptación de un sistema, de fórmulas de repetición, de cómo respirar, etcétera. No pretendo, al mencionarlas, otra cosa que discernimiento. Así, me permito preguntar: ¿cuál es el alcance y valor de repetir en sánscrito, o en cualquier otro idioma, determinadas palabras para lograr un sentimiento de unidad o de calma? ¿Cuál puede ser el resultado de supeditarse a un sistema o método a fin de lograr “la iluminación”, o la felicidad? Todo esto implica caer en lo mecánico, prescindir del propio movimiento, de la propia inteligencia supeditándose al conformismo y al conflicto derivado del sistema que se practique.

Comprendo que no es fácil rechazar todo lo que prometen los métodos sobre meditación. Estamos tan acostumbrados a seguir cualquier orientación que nos lleve de la mano, ¡es tan cómodo! Pero dejemos el pasado y todas sus autoridades. Descubramos la verdad por nosotros mismos, no a través de los demás. Inquiramos: ¿Qué es meditación? ¿Es dominio del pensamiento? Y quién domina, ¿el mismo pensamiento? Nuestra cultura hállese fundamentada sobre el control de la mente y la concentración. Más ¿por qué controlar? Puesto que implica imitación, conformismo, supeditación a un modelo, aceptamos renunciar a nuestros sentimientos, a nuestras ideas por algo ajeno, algo que es origen de conflicto y, por lo tanto, derroche de energía.

Pero continuemos: ¿Puede el pensamiento funcionar en el momento oportuno, y quedar silencioso en otro momento? ¿Es posible que el espíritu disponga de la energía que es extraña a toda frotación o contacto? La claridad de las respuestas, dependen del autoconocimiento logrado, ese conocimiento que no puede emanar de psicólogo, filósofo o instructor alguno, así como de ningún modelo propio de una cultura. Se trata de que profundicemos lo que nos interesa, de que conozcamos nuestro nivel consciente, así como los estratos que integran el inconsciente de la personalidad.

¿Cuál es el camino de esa autoexploración? No el de aislarse a través de actividades egocéntricas, sino concentrándose en la observación, considerando que observar es contemplar lo observado sin que medie atracción o rechazo, sin imagen alguna: contemplación absoluta. Cuando lo observado es el propio individuo hemos de detenernos en el observador, el que observa. ¿Cómo definirlo? ¿Como el pasado, con su capacidad de censura y juicio? No corresponde a esa definición cuando me hallo en plena actividad en mi labor cotidiana, porque en el observador no hay entonces movimiento alguno procedente del pasado.

Preguntemos todavía: ¿Cómo develar de un solo golpe el contenido de la conciencia? No será por el análisis de los sueños, pues todo análisis implica tiempo y derroche de energía. ¿Cómo lograrlo? ¿Es imposible la respuesta? Quizá sea útil recurrir a la palabra “imposible” para encontrar el medio de hacerla posible. ¿Puede el espíritu captar con rápida mirada todo el contenido de su conciencia? Salvando la expectativa de una respuesta, desnudo el observador de todo su pasado, simplemente puede declarar: “No sé”. Esta sencilla afirmación implica visión lúcida de uno mismo y del mundo, a la vez que mantenimiento de las relaciones con nuestro entorno desprovistas de todo roce. Así, indistintamente, al rechazar todo lo que *no* es amor: celos, envidia, ambición, egocentrismo, se afirma lo que el amor ES.

Toda nuestra vida descansa en el pensamiento que puede medirse, y pretendemos con él penetrar en lo inmensurable. Meditar es ver lo que es y trascenderlo, es decir, ver lo mensurable e ir más allá. Cuando cerebro, espíritu y cuerpo hállese en calma y tranquilos, cuando el espíritu, el cuerpo y el corazón constituyen una unidad, entramos a vivir una vida totalmente distinta.

EL CENTRO DE INTERÉS

Considera Krishnamurti que es muy importante descubrir cuál es nuestro centro de interés en la vida y formula diversas preguntas: ¿Es el mundo con sus apetencias, su técnica y sus ilusiones lo que predomina? ¿Es un vago interés en torno a lo que nos rodea y así mariposear alrededor de lo que el viento sopla a cada instante? ¿Es lograr posición social prestigio, seguridad personal? ¿Pretendéis no solamente un cambio individual sino también colaborar en la transformación del mundo? ¿Os interesa algo más serio y difícil: descubrir la función del pensamiento, sus límites, y cómo trascenderlo? Estimo de importancia el ahonde de vuestro interés fundamental, pues de coincidir puede ser efectivo emprender un viaje en común.

Empecemos por unas consideraciones. Nuestra vida no es distinta de la del mundo: somos el mundo y el mundo es nosotros mismos. Es fundamental captar esa idea y arraigarla en nuestro corazón. Creadores de la estructura social bajo la cual vivimos, con sus características de violencia, ambición, envidia, si pretendemos que sea distinta esa estructura hemos de hacerla nuestra, en conducta.

Sin duda, es razonable un orden externo que nos ofrezca seguridad social y económica, pero asimismo existe la vida propia. ¿No podríamos pensar, desde el primer momento, en un movimiento total, unitario, indivisible, no

fragmentado, puesto que externo e interno no constituyen sino una unidad? ¿No nos lleva esto a pensar que, como seres humanos, el orden externo no depende de la ley, del policía, del filósofo o del sacerdote, sino de cada uno de nosotros, es decir, de nuestro pensar, sentir y querer, de nuestra propia vida?

Entre las motivaciones del centro de interés, uno de los presentes, formuló la siguiente pregunta: ¿Implica contradicción o conflicto el que el interés esté unido al placer? Y respondió Krishnamurti: Un auténtico interés por algo, siempre conlleva placer. Si me interesa vitalmente establecer un orden en mí mismo y en el mundo entorno, ése será para mí mi más profundo placer, y todo lo demás pasará a lugar secundado; no hay en ello contradicción alguna.

Lo que cada uno ha de tratar de descubrir es qué motivación se destaca en sus preferencias, pues en el seno de esa motivación, laten la pasión y el placer. Las personas de temperamento religioso centran su máximo interés en la creencia en Dios. Si éste es su interés primordial, auténtico, el interés en sí mismo crea un estado de orden en el individuo, que le conduce a vivir en forma distinta y a proyectarla en la acción.

Captar el proceso significa comprenderse uno mismo, comprender la propia estructura, las limitaciones del pensamiento, y de ahí llegar a profundizar su más allá. La realidad solamente puede encontrarse VIVIENDO en proyección amorosa. ¿Pero puede irradiarse amor cuando yace en el fuero interno la ambición, la envidia, el deseo de competencia? La verdad que late en la vida no es fija, estática, sino algo vivo, móvil. A ella sólo puede llegarse por un solo camino: SIENDO.

REVOLUCION INTERNA

¿Qué implica la revolución interna? No puede ser proceso porque sería contradictorio con la palabra “revolución”, que es cambio súbito, repentino. Sin embargo, ¿es imaginable un cambio de esa índole, sin que corresponda a DURACIÓN?

Cuando Krishnamurti sustenta: “Revolución interna”, se refiere siempre al presente, al instante que vivimos, pues todo retroceso significa entrar en las redes del tiempo y, por lo tanto, condicionar el resultado, entrar en el pormenor del proceso, examinar fragmento por fragmento para juzgarlo, desviando así la atención de la totalidad hacia la parte, deteniéndose en la división que origina el conflicto.

Además, cada fragmento, cristalización del pasado convertido en la realidad que contemplamos, es una imagen, la imagen que el propio observador proyecta como resultado de su actividad mental. ¿Cómo trascenderla y evitar la relación con lo muerto, lo que ha sido, obstaculizando así lo que es, lo nuevo y desconocido?

Invita Krishnamurti a la observación del pensar para que nos demos cuenta hasta qué punto se relaciona con el placer y el temor de perderlo, hasta qué punto placer y temor absorben nuestro vivir humano. En tanto que ESTO constituya la atención primordial de nuestra existencia, carece de sentido pretender ninguna revolución interna. Porque “revolución” o “cambio” implica acción inmediata, reconocer, como resultado de ver, de contemplar, de vibrar en armonía con, que lo negativo del mundo, su desorden, su codicia, el afán de competencia, toda la caótica realidad externa, no es sino manifestación o eco de mi realidad interna. Hacer mío lo positivo, el orden, la generosidad, la colaboración, es acción inmediata, acción que solamente es posible cuando la *íntegra pasión* del hombre a ella se concentra.

Vida interna, vida externa es una magna unidad. Pensador, observador, lo individual; el mundo y sus problemas, lo colectivo. Integrado lo primero en lo segundo, el observador es lo observado; ninguna barrera separa lo uno de lo otro; ninguna teoría intelectual puede perturbar la unión. La acción realizada corresponde a la inteligencia que, en el silencio del intelecto, ha conducido al hombre a la etapa desconocida donde reina la afinidad amorosa con todo lo existente.

¿QUE ES LA VERDAD? ¿PUEDE COMPRENDERSE DE INMEDIATO?

Krishnamurti invita a que dejemos de considerar abstractamente la verdad, y a que observemos lo que es la vida para que nos demos cuenta de su proceso de desafío y respuesta, es decir, de llamada a lo nuevo, a lo que, generalmente se responde, con el condicionamiento de lo viejo.

¿Qué es lo que motiva esa tendencia envejecedora, motivo de supeditación, por lo tanto, al margen de libertad y belleza? El ritmo de continuidad que rige nuestra vida. Puesto que el desafío es nuevo hay que enfrentarse con él de modo nuevo, en armonía con la vida, nueva de instante en instante. ¿Qué es lo que permite la frescura de lo que no se repite?, el directo enfoque de lo que se desea comprender: *directo enfoque*.

Con la mente tranquila, pasivo el pensamiento, lléguese al ahonde de lo que *es*; nada considerando, nada deseando, nada temiendo, y el *es* atemporal ofrecerá su respuesta que no dejará marca ni residuo. La respuesta es

de ahora, de inmediato; siempre la vida, en su constante sucesión, ofrecerá lo que sea, a quien en silencio y paz la interroga.

La belleza de la vida es su eterna renovación, esa renovación que no llegamos a captar mientras nuestras preocupaciones, nuestras inquietudes y afanes correspondan a lo que llamamos “vivir”. Detened ese vaivén mentalmente contemplándolo; que a él se concentre todo vuestro interés, y en el mismo vaivén veréis latir la respuesta.

EN POS DEL PLACER

Considera Krishnamurti que, a menos de que seamos conscientes de los móviles de nuestro obrar, difícil será que logremos un equilibrio en nuestra conducta, difícil será que logremos un equilibrio en nuestra vida. Y de ahí surge la pregunta: ¿Cuál es nuestro interés duradero y fundamental? Para que de ahí se observe que el interés máximo del hombre es él mismo; que su suprema satisfacción es la propia realización, aunque por razones diversas de ambiente influencias, opiniones, llegue a conceptuarse egoísmo y por lo tanto, algo malo. ¿Lo es, inquiera Krishnamurti?

La comida me place porque tengo hambre y la necesito; la relación sexual me place porque me produce goce y constituye hábito. ¿Por qué me satisface ocupar digno lugar social, ser destacada figura en el medio en que me desenvuelvo, predominar doquiera las circunstancias me han colocado? Por el temor de no ser nadie, simple ciudadano común insignificante.

O sea que siempre vamos en pos de algo que nos satisfaga; incluso cuando lucho por la libertad es porque imagino que me será agradable: siempre pretendemos la autorrealización, lo que nos es más placentero.

Sin pensar si está bien o mal, preguntemos: ¿Por qué vamos siempre en pos de satisfacciones? Y podemos darnos cuenta que el mecanismo es responder al deseo que late en nosotros. ¿Cómo se origina este deseo? Si observamos a los animales descubrimos en ellos una agresividad, esa agresividad que obedece a la defensa de sus derechos: el del territorio y la selección de pareja. Arranca esa actitud del miedo a carecer de lo que me interesa o creemos que nos corresponde. Es la misma que rige el deseo de posición social o nuestras relaciones humanas.

He ahí el proceso: miedo, agresividad, satisfacción lograda, tras la cual apuntará de nuevo el miedo. ¿Cómo evitarlo? ¿Qué implica vivir sin miedo físicamente? Tener la seguridad de que nuestra existencia no será perturbada ¿Qué implica el miedo en nuestra relación social? Temer la pérdida de una agradable continuidad. Y así, poco a poco llego al reconocimiento de la imperiosa necesidad de acostumbrarme al HECHO, a ser insensible o indiferente a él.

Sumido al fin en esa insensibilidad o indiferencia, llega un momento en que la siento dolorosa por haberme, en verdad, endurecido, y desearía neutralizarla. ¿Hacia qué tiendo? Hacia la búsqueda de alguna satisfacción que me permita salir del estado en el que se desenvuelve mi vida. Pero algo VEO o DESCUBRO en *este momento*: que en todo placer yace profundamente oculta la raíz de lo que me perturba: la indiferencia y el dolor, y que solamente un camino existe para salir del círculo: ver, detenerse y contemplar; contemplación pura ante la vida, ante el árbol, ante el hombre, ante la nube. Y entonces observo que la indiferencia endureció mi espíritu, y que la observación que ES disciplina, lo sensibiliza. La contemplación significa, pues, despertar a algo desconocido, despertar a lo que no hay censura, no hay rechazo, no hay búsqueda. No cabe entonces el pensamiento que sería creador de imágenes; y en pura actitud de entrega, permanezco silencioso ante la visión.

EL ARTE DE VER

Por diversas razones -dice Krishnamurti- el hombre hállase tan condicionado, tan preocupado por sus problemas, tan hundido bajo el pesado fardo de las creencias, de la tradición, del pasado, que ya es incapaz de ver o de escuchar todo lo percibe a través del concepto, de la imagen; ha desaparecido la posibilidad de la visión directa y plena.

¿Por qué tiene tanta importancia darse cuenta de esto? Porque la verdad descansa en el ver, en la visión íntima resultado natural de nuestra sensibilidad.

Nuestra cultura y educación nos han entrenado al vivir fragmentario, ese vivir totalmente relacionado con el concepto sustituyendo así la acción que deriva de la visión íntegra, en la que participan ojos, oídos, corazón, nervios es decir, la totalidad del ser. Si conducís un vehículo, un automóvil, por ejemplo, sabéis lo que significa manejarlo no hay posibilidad de distracción alguna, pues cualquier desatención podría ser fatal. A esa concentración absoluta consecuencia de la atención, es a lo que me refiero.

La visión parcial anula, con su fragmentación, nuestra sensibilidad y nos mantiene en constante lucha; en cambio la visión total, al incorporar en ella los fragmentos desatendidos, nos hace global y armónicamente sensibles, nos lleva a trascender el rincón donde se mueven nuestros intereses personales, y entramos en una dimensión distinta. No existe método para eso; lo esencial es ver, ver ahora, en este mismo instante, no después o mañana que tan sólo existen psicológicamente por corresponder al tiempo que el pensamiento inventa. En tanto que perdura una imagen entre vosotros y lo observado, no se adquiere la sensibilidad que conduce a la proyección amorosa del ser, destruyendo así toda barrera.

No necesitáis lanzaros a aprendizaje alguno, seguir disciplina alguna: ver y escuchar constituyen toda disciplina; la observación es, en sí misma, disciplina, y la disciplina es virtud, poder que va a revelaros en la visión, el amor donde cesa toda búsqueda.

Sustenta Krishnamurti que este proceso es instantáneo y que implica un estado que se alcanza al despertar la inteligencia, el nuevo paradigma de la etapa en la que ha entrado el hombre en esta hora histórica.

Como imagen podríamos comparar ese estado con el del místico, no en el aspecto religioso de unión con el amado divino, sino de concentración absoluta hacia lo contemplado. Cuando esa concentración se realiza, todo deja de existir porque por acto de amor, de ser -esencia de la contemplación-, el contemplador es uno con lo contemplado.

¿Es el nuevo paradigma de captación general? La propia actitud de Krishnamurti pone en evidencia que solamente lo intuye una minoría, aquella que vitalmente se mueve dentro de la crisis del hombre para quien de nada sirven libros, conferencias, consejos por elevados que sean. Solamente su sensibilidad, en armonía con su inteligencia, puede permitirle el acto de amor que corresponda al cambio.

¿DONDE SITUAR EL CAMBIO?

Claramente percibimos -empieza Krishnamurti- la necesidad de un cambio. Pero claramente hemos de percibir, asimismo, que la sociedad que integramos y que ese cambio necesita, es estática, lo que convierte en inútil cualquier transformación suya. De ahí podemos deducir que únicamente el hombre, generador de la comunidad, puede lograr con su propia transformación, la nueva realidad externa.

Inquiramos, sin embargo, ¿va a continuar estática una sociedad cuyos integrantes, los hombres, realicen una constante revolución interior, psicológica? Evidentemente no. La sociedad es estática cuando la interrelación de los individuos no es resultado de su propia mutación interior; son ellos entonces los absorbidos y, por lo tanto, su permanente actitud es reiterativa: la revolución creadora sólo puede llevarse a cabo en la interrelación individual, no en lo externo que es la sociedad.

Es el hombre el cimiento del edificio que ha de levantarse; hoy día el existente se derrumba porque la capacidad creadora del arquitecto no existe y, en pura imitación trata de mantener, de que perdure lo que se halla en estado de desintegración. El hombre ha de ser creador, prescindir de autoridades y de afanes de imitación; erguirse ante “eso no”, para que en su actitud negativa, partiendo de sí mismo, llegue al auténtico entendimiento y, por su medio, a la acertada solución de los problemas.

No se oculta que, atrapados en el proceso del vivir, es difícil despejar lo que parecen incógnitas. Y es difícil porque lo que caracteriza ese proceso es el condicionamiento, la limitación, la constante supeditación; por estar viviendo dentro del tiempo me muevo, y es el resultado de lo que fue. Así, condicionado mi pensamiento, toda reacción mía responde a más condicionamiento. ¿Como evitarlo? Liberándome del proceso de pensar, no en escape, sino en cese del pensamiento.

Tratad de captar el valor del silencio, de la inactividad de la mente, y observaréis entonces que, en el propio problema que enfocáis, yace la respuesta. Cuando esa respuesta se percibe, el júbilo de ser ya no de devenir, invade el corazón.

CREENCIA EN DIOS

Empieza Krishnamurti preguntando: ¿Ha de preceder la creencia en Dios a cualquier averiguación? Si la creencia descansa en haberse compenetrado con una auténtica realidad, como os dais cuenta de la luz solar o de la existencia de la flor que contempláis, puede tener valor la creencia porque está influyendo en vuestra vida. Pero si la creencia en Dios significa pura forma mental derivada de una actitud religiosa, carece de relación con el quehacer cotidiano y, por lo tanto, la creencia obstaculiza la averiguación que es búsqueda de la Verdad, en este caso, existencia de Dios.

La Verdad no puede captarse mediante sistemas, religiones o persona alguna; nadie y nada puede transmitírsela al hombre; es él quien ha de descubrirla por sí mismo, de ahí deriva la grandeza humana. Tan sólo en la plenitud de la acción radica la realización de la Verdad, que no es comprensión intelectual ni creencia. La palabra nos ha llevado a la ilusión de Dios, no a Dios, y esa ilusión es la que adoramos. ¿Es posible liberarse de la palabra y de su ilusión?

Proclamarse, pues, deísta o ateo es algo absurdo. Comprender significa VER más allá del concepto, y esto exige inteligencia que es liberación de los prejuicios que han alimentado al hombre a través de las edades en su búsqueda de protección y seguridad. Cuando la mente y el corazón se hallan en completa armonía, apunta la inteligencia que devela lo que antes eran incógnitas. Así, más allá de la palabra o del concepto, puras formas mentales creadas por el intelecto, brilla lo auténtico: la Verdad se halla entonces al alcance del hombre.

La palabra o el concepto singulariza los objetos a que se refiere, y carece de sentido relacionarlos con algo que no es objeto, que no es idea, que puramente ES. Lo que ES existe más allá de toda ilusión; es la Verdad liberada de la rueda del cambio; es la Vida ¿Podríamos considerar que la Vida es la más lúcida y luminosa manifestación de la Verdad, de lo que podríamos llamar DIOS?

LA LUCIDEZ MENTAL Y LA IMAGEN

¿Podemos liberarnos -pregunta Krishnamurti- de la violencia destructora, de la hostilidad que caracteriza nuestras relaciones humanas, de los conflictos que parecen arraigados en cada uno de nosotros? Subsisten en tal contraste con la cordialidad manifiesta en esas relaciones -consecuencia de nuestro sistema educativo-, que es lógico que tratemos de enfrentarnos con el hecho en toda su hondura.

Las religiones han tratado de crear reglas y disciplina actitudes y creencias que faciliten una realidad armónica pero nada han podido evitar. ¿Existe la posibilidad de una actividad y de un pensar que permitan otro modo de vida? ¿Es posible una lucidez consciente que nos lleve a sentir realmente el sufrimiento del mundo al que pertenecemos para que, como consecuencia, podamos liberarnos de la estructura y naturaleza propias del dolor y del miedo?

Sin duda, hemos de reconocer que el hombre ha vivido gracias al pensamiento, y que nos es indispensable. Es una tontería referirse a él en el sentido de superior, Atman, e inferior, criterio corriente en la India. Pero sí hemos de preguntar: ¿Existe la posibilidad de escapar a la limitación del pensamiento? Porque de no ser posible sería una ilusión la libertad del hombre, a pesar de deseársela; el evitar su sufrimiento, la confusión en que vive, sus eternas guerras, su violencia.

Muchos han sido los pensadores que han profundizado en este aspecto, mas encerrados en su mundo mental, nada han conseguido; no han llegado a captar que, en tanto no se mantengan en pura observación, no estén atentos a ella sin juicio ni rechazo, no puede alcanzarse la percepción viva que es otra calidad de percepción; no hay independencia del pensar, ni lucidez espontánea que no sea resultado de la voluntad.

He ahí el claro enfoque del problema: percibir, siendo consciente sin la intervención del pensamiento, sin la imagen que surge cuando alguien contempla. Esa percepción, esa conciencia han de actuar con tal plenitud e integridad que no haya distancia -que es imagen-, entre lo contemplado y el observador. Además de la imagen consciente, existen las inconscientes, más profundas, acumuladas en el transcurso del tiempo y que se me revelan en sueños, o a través de mi conducta.

Insistamos en la pregunta fundamental: ¿Puede el pensamiento lograr su absoluto silencio, es decir, DEJAR DE SER, sin que haya solicitado su propio fin? ¿No es esto escuchar, o ver en plena atención? Cuando la atención es TOTAL, nadie existe en expectación, todo el ser del hombre integra lo observado. Descúbrese entonces que en esa atención plena, nace el silencio; que ella ES el silencio, del que se deriva la visión sin imágenes, la lucidez.

COMPRENDER

Inicia Krishnamurti su charla preguntando: ¿Sobre qué radica la posibilidad de la auténtica comprensión? ¿Sobre la acumulación de conocimientos? ¿No será eso una carga? Y tras el interrogante que las preguntas suscitan, prosigue: Dificilmente los conocimientos previos pueden significar comprensión porque corresponden a acumulación de residuos, a acumulación de superficialidades, a lo externo de nuestra vida. Para llegar a la posibilidad de comprender hay que descender a las honduras de nuestro vivir: ser conscientes de la calidad de nuestras acciones, de nuestro pensar y sentir; observar la realidad en proceso unitario, sin condenar ni desear.

Esa observación lleva a la completa comunión entre observador y observado, es decir, a captar cuán falsa es su división; cuán falso es, por lo tanto, concebir *quién* percibe. Experimentar es vivir, vivir íntegramente el proceso en su unidad y, así realizar en la acción la vivencia, esa vivencia que es plenitud del proceso.

Percibir, en actitud consciente; observar con mente liberada, sin apegos en ningún sentido; esto significa liberar la acción del yo; trascender el vaivén mental; estar abierto a la vida intuyendo, de instante en instante, su llamada.

Esa actitud no corresponde a “práctica” alguna que sería hábito, sino a sensibilidad, a respuesta vital en cada momento, tan sólo posible de percibir en la constante renovación.

ACTITUD RELIGIOSA

Krishnamurti formula esta pregunta: ¿Existe un estado espiritual independiente del tiempo, no afectado por el tiempo? Y comenta: una actitud religiosa implica casi siempre deseo de conocer una verdad metafísica, su búsqueda, y en esta búsqueda, consulta e información ajena, ya sea a través de instructores, libros u otro medio externo, llegar, a través del razonamiento, a la captación de lo que se busca ¿Es auténtico lo logrado, o es una imagen temporal, falseada por el condicionamiento de quien la presenta, y falseada asimismo por el condicionamiento de quien la recibe?

La etapa histórica en que nos hallamos por evolución natural, exige captación directa de lo verdadero, eso que tan sólo es asequible si, en soledad, no en aislamiento, se alcanza el estado de silencio, paz, calma interior, que nos permita OIR la respuesta a una vibración recibida en un *estado*, no por una mente fragmentada.

Hasta llegar a la actual fase de nuestra vida humana, podía tener valor y alcance la proyección de la verdad metafísica transmitida a través de cualquier indumentaria oral o escrita, de cualquier movimiento religioso. Tras la manifestación del intelecto que nos ha conducido a las conquistas materiales -lo positivo- así como a patentizar sus límites -lo negativo-, el despertar de la inteligencia nos invita a que seria y profundamente capturemos la verdad. Diversos síntomas anuncian la llegada de esa fase: unos, a través del caos y de la angustia que nos produce; otros, a través del anhelo de un cambio, de un afán de liberación en el que predomine la tendencia a la meditación. Pero, ¿qué implica meditar? Krishnamurti en su Mensaje nos dice que no es importante controlar el pensamiento, sino COMPRENDERLO, darse cuenta que es el depósito de los recuerdos; descubrir que su origen está en el intelecto humano, cuyo centro de actividades se halla en lo externo, donde tiene su justificación y objetivo.

Pero nuestro mundo es caótico, requiere del orden, de eso que es algo vivo, no mecánico; que es acción. VER esto, ser de ello consciente, es encaminarse hacia el obrar correcto: he ahí los primeros pasos de la meditación. Tras ese ver, tratar de sentir si meditar significa simplemente más conocimientos, más agudización mental, más capacidad razonadora, es decir, enriquecimiento de los valores ya poseídos, o trascendencia del pasado, de las experiencias vividas. Detenerse en ello nos lleva a comprender que meditar implica liberación de la red tejida por el tiempo; liberación del hombre sensibilizándole y, en ese estado de sensibilidad, llevarle a percibir la plenitud del silencio, condición indispensable para que pueda aflorar entonces un nuevo estado, el desconocido.

Krishnamurti insiste, una y otra vez, que esa nueva sensibilidad, la que ha de permitir la liberación del pasado y el nacimiento a un estado desconocido, significa: un cuerpo sensible por un acertado régimen alimenticio; una acción correcta por sentir realmente como propio el sufrimiento y el desorden del mundo, y el ser vitalmente conscientes de la realidad que hemos creado. He ahí lo que constituye una unidad de categoría en lo físico, lo emotivo, lo intelectual en plenitud de armonía y responsabilidad hacia la llamada de amor que requiere la Vida en todas sus manifestaciones.

SOLEDAD

Si observamos nuestra vida como seres humanos, hemos de reconocer hasta qué punto nos afecta la soledad y el aislamiento, y cómo tratamos de evitar una y otro por todos los medios: con la actividad cotidiana, las diversiones, la vida social, la religión. ¿Podríamos, al ser conscientes de ello y de la dependencia y sufrimiento que ocasionan, interesarnos por su causa? No es difícil, si hay interés, en darse cuenta que esa causa radica en la aguda preocupación que sentimos por nosotros mismos, por el “yo” que predomina en nuestro obrar diario y en todas sus proyecciones.

El aspecto que Krishnamurti estima fundamental para trascender nuestra egoísta actitud sin que ello implique “huida”, son las relaciones humanas. ¿En qué forma enfocarlas para contrarrestar nuestro vital interés en nosotros mismos, nuestro afán de consideración social, de prestigio, etcétera?

Démos cuenta -señala Krishnamurti- que para establecer una relación humana auténtica hay que trascender una barrera y entrar en acción. ¿Qué barrera y qué acción? La barrera que he alimentado con mi preocupación individual, mi propio centro de interés, dando así origen a que la relación sea de puras imágenes: la mía y la de los otros. Desvanecerlas exige una lucidez solamente posible con una capacidad de atención desprovista de preferencias, ya sea en relación conmigo o con los demás. Atención hacia la observación pura; visión, nada más que visión.

¿Cómo concebir esa visión, ese VER? Limitándole a observar, escuchar, unirse a lo contemplado en actitud absoluto y apasionada. No hay en este caso resistencia alguna, no hay dependencia, ni selección; la unión es tan perfecta que se ha desvanecido el yo en lo que se contempla. Ese estado es de profunda energía y corresponde a la acción; lleva así a la comprensión del proceso constructor de imágenes y a su trascendencia; a captar que el yo es el resultado de la educación recibida, de nuestros conflictos y que, por su propia naturaleza y estructura, crea la división entre uno mismo y los demás.

El resultado de ese ver corresponde a un estado de amor, ese amor que no es imagen, ni placer, ni deseo; ese amor que nos eleva por encima del vaivén de nuestro vivir y nos sitúa en el encarecido ambiente donde la imagen del yo, la que arrastra al aislamiento y a la soledad, se ha desvanecido.

CONFLICTO

Empieza Krishnamurti diciendo: Considero interesante que nos ocupemos hoy de lo que significa ver, mirar y hasta qué punto lo visto, lo contemplado ES la cosa en sí, o su imagen, la impresión que su realidad nos ha dejado como recuerdo. Considero que vale la pena detenerse en ello porque, en el primer caso, entramos en contacto con lo real, lo auténtico, lo que es; y en el segundo con un concepto, con la idea a que lo real ha dado origen, y entramos en conflicto.

¿Puede ser espontánea nuestra vida diaria? Dificilmente porque está saturada de tradición, de condicionamiento. ¿Qué es lo que perjudica de esa tradición, de ese condicionamiento? El que no actuemos libremente, sin prejuicios, sin ataduras; el que siempre la acción quede enturbiada con lo que fue, en sentido negativo porque es lo muerto. Los hechos de nuestra vida son reales; por ejemplo, tengo hambre, estoy colérico; siento envidia por la prosperidad de mi vecino y, en lugar de reaccionar debidamente (en el primer caso comer, como lo hacemos) y quedar libres, me mantengo en la cólera y en la envidia tras pasados a conceptos, y se va tejiendo la red de nuestra vida conflictiva.

Nuestra actitud característica es observar el mundo y lamentarnos por la realidad que nos desagrada; y el enfoque se reduce, en el mejor de los casos, a pasar nuestro criterio a principios, a ideales. Y así hemos ido organizando la sociedad que vivimos, es decir, el caso en que nos desenvolvemos y que va adquiriendo grave importancia, por un lado, por el progreso material adquirido, y por el otro, porque la humanidad ha llegado a una etapa de madurez que impone auténticas soluciones y en lugar de aceptarlas, nos evadimos a través de conceptos que, al desviarnos hacia imágenes, imposibilitan lo único eficaz: la acción libre y auténtica.

La realidad vivida es la que hemos creado, y hemos de ser conscientes de ello estableciendo contacto con los hechos porque solamente ese contacto salva el conflicto llevándonos a obrar en cada instante. Cuando nos referimos a conceptos subsiste el contacto, pero no cuando entramos en los hechos: conceptos, mundo del pensamiento, ideologías, proyección del ayer, de lo creado; hechos, mediocridad de mi vida, mi ambición. Si estoy henchido de energía observándolos, esa energía motivará la acción, la acción del instante que pasa, de la vida creadora.

Saber el POR QUE vivimos de conceptos es vital en nuestro momento histórico, y el conocimiento sólo puede lograrse -insiste Krishnamurti- mirando, deteniéndose en la observación serena de lo que ES, porque es la observación, no el evadirse en maravillosas ideologías, lo que devela el misterio de la acción creadora.

PENSAMIENTO Y ACCIÓN

Sea ante todo la pregunta: ¿Es posible vivir con tal plenitud que solamente exista el presente activo?

Empieza Krishnamurti la charla deteniéndose en: ¿Qué es pensar? Y la completa diciendo: ¿Qué es pensar claramente? ¿Cómo se produce el pensar, cuál es su origen? Para llegar a la conclusión de que pensar es recurrir a las respuestas de la memoria procedentes del saber acumulado en el cerebro durante los años de la vida; respuestas que implican reconocer que, si el origen del pensar es la memoria, en ella queda reflejado el pasado, el ayer, lo vivido.

¿Puede ser claro el pensamiento que es resultado de la memoria, integración de conocimientos? Y sentimos que es dudosa la claridad, porque lo vivido difícilmente va a reproducirse nítidamente, ya que corresponde a imágenes más o menos oscurecidas, quizá podríamos decir envejecidas por el tiempo.

El saber que es tradición, repetición, ¿puede significar asimismo comprensión, ser expresión de algo nuevo? Y podemos darnos cuenta que, atentos siempre a lo que ha sido, no podemos VER, captar los valores del presente. Cabe, entonces, preguntar: ¿Puede el pasado facilitar, en algún sentido, la comprensión de la realidad que vivimos?

Según Krishnamurti, sí puede en lo técnico, en el proceso evolutivo material, el que descansa en los conocimientos intelectuales; pero no si trata realmente de comprender el instante que pasa. ¿Por qué? Porque ese instante está vinculado a la acción que es AHORA; no al pensamiento que es pasado.

Hay aspectos en nuestra vida que pueden quedar al margen de lo intelectual que la rige, los que afectan a la vida religiosa. Y así es lógico preguntar: ¿Podemos separar esa vida de la cotidiana, es decir, dividir la vida? ¿No sería eso fragmentarla: vida espiritual, vida material? ¿No implica esto conflicto? He ahí el pan nuestro de cada día: movernos en contradicciones, convertidas en los problemas que nos perturban.

Y Krishnamurti nos encara con un nuevo desafío, el del nuevo paradigma de nuestra hora histórica, inconcebible de aceptar -ni por lo tanto, de intuir- con un viejo estado de espíritu, el conceptual de nuestro pensar. Y así, tras su charla, puede responderse a la pregunta -objetivo con que ha sido iniciada: "Si, es posible vivir con tal plenitud que solamente exista el presente activo", posibilidad que significa acción, acción que es sensibilidad, inteligencia suprema, contemplación amorosa de la vida. ACCION, NO PENSAMIENTO.

EL ORDEN

Empieza Krishnamurti diciendo que el orden no es un hábito porque esto correspondería a algo automático y perdería toda su vitalidad. El orden no solamente afecta a nuestra propia vida particular, sino a todo lo que nos circunda, exterior en el mundo, interior en las honduras de nuestro ser.

Ante el desorden y confusión, de lo que nos damos cuenta, ¿podemos imaginar un estado de orden en uno mismo, sin que esto implique conflicto? Veamos esto en detalle. Necesitamos un orden físico; nos es esencial tener como vehículo un cuerpo alerta, sensible, disciplinado para que sus reacciones armonicen con las del espíritu. ¿Es posible, evitando toda rigidez, endurecimiento; toda tendencia a seguir un modelo? Necesitamos orden en el intelecto y en el espíritu para ser capaces de comprender, de observar lógica y sanamente en forma global, no fragmentaria, a fin de evitar caer víctimas de nuestros deseos y contradicciones. ¿Es posible, sin supeditarse a una disciplina, sin someterse a un modelo que nos presione, que nos coaccione?

¿Qué es la coacción? Es la raíz de nuestra cultura, la finalidad que perseguimos al educar a los hijos, el ambiente que respiramos. ¿Y qué implica la coacción?, una entidad que ejerce el dominio y un objeto que lo sufre. Me encolerizo y he de dominar mi cólera: he ahí el conflicto que deforma mi espíritu. La coacción no puede conducir al orden que significa funcionamiento lúcido, visión global, sin deformación.

¿Dónde encontrar la respuesta a una necesidad de -orden que no dependa de la coacción, del conformismo, de la disciplina; que rechace toda autoridad, es decir, que arraigue en un deseo de libertad? ¿Es un sentimiento vital, una imperiosa y apasionada necesidad el descubrir esa respuesta? Es indispensable que así sea para intuirlo, porque el espíritu del hombre no puede captar la verdad, aprender, si no es *libre* cuando observa el mundo o se observa a sí mismo.

Ignorando lo que el orden es, pero profundamente interesado en saberlo, el hombre contempla el desorden, observa cómo se manifiesta en la realidad, y la observa como algo Vivo en sí mismo, tan plena y objetivamente como contemplarla un pájaro o las nubes, sin nada pretender de ellos. En esa actitud llega a captar la proyección, que del desorden dinámico, y nace la acción instantánea: es el rechazo total de nuestra cultura que ha engendrado el peligro, que me ha engendrado a mí mismo.

QUE ES LA ORACIÓN

Empieza Krishnamurti preguntando: ¿Cuál es el objetivo de la oración? Pedir, tratar de obtener algo de una entidad que estimáis superior y, por lo tanto, en condiciones de conceder lo que necesitáis.

¿Puede esa entidad, generalmente definida como Dios, responder a esa petición particular, tener algo que ver con la mezquindad de nuestras vidas? Sin embargo, algo se realiza, y es porque lo deseado suscita, por la propia actitud del orante, un estado de paz, de quietud, de receptividad, que desvanece, hasta cierto punto, la confusión mental. Observemos -insiste Krishnamurti- que es nuestro propio inconsciente quien responde.

Un factor a tener en cuenta subyace en la oración, el que podemos llamar voz interior, y que es la respuesta que el propio solicitante puede darse a sí mismo, gracias a lograr cierta calma, cierta serenidad mental. Ese estado le beneficia, sin que ello signifique conexión alguna con una realidad que lo trasciende. Y también otro factor, el relativo a la concentración que se produce cuando, en profunda angustia, requerimos una ayuda externa en actitud de humildad y expectación. A esa concentración la llamamos, casi siempre, meditación. ¿Lo es?

Obsérvese hasta qué punto la concentración es pura exclusión, rechazo de los pensamientos que perturban el objetivo perseguido, de las ideas que de él me desvían. Actitud combativa, nada más.

¿Qué es, pues, meditación?, inquiriere Krishnamurti. Comprensión, he ahí la palabra exacta; comprender, sin excluir, ni suplicar; comprender, y en la comprensión hallar la paz, la liberación de lo comprendido; comprender asentando los verdaderos valores. Mediante ¿qué proceso? Mediante la comprensión del pensador para que tengan auténtico fundamento la acción y el pensamiento.

El primer paso de la meditación es, pues, el propio conocimiento que significa plena conciencia de la actividad cotidiana, ya sea en el puro obrar, en el pensar y en el sentir, La vida exige responsabilidades y cumplimiento dentro del marco de los compromisos adquiridos, y la primera liberación -que corresponde a meditar-, es ser de ello consciente. Esto implica actitud perceptiva ante la cual mente y corazón se abren para que a su invitación siga una respuesta.

La oración carece de significado sin el propio conocimiento que conduce al verdadero pensar y éste a la verdadera acción, acción precedida por la calma que es ausencia de la divagación mental. En ese estado el hombre se halla alerta, perceptivo; libre, por lo tanto, de la necesidad de requerir soluciones externas, de simple valor ilusorio.

No se confunda con esta afirmación el diálogo que si puede establecerse, cuando en el silencio de la mente somos conscientes del movimiento del pensar y del sentir, revelador de los estratos que me integran, los superficiales y los profundos inconscientes. Entonces, sin confusión ni problemas, algo, que parece atemporal, ilumina la mente.

EL TIEMPO Y LA IMAGEN

Empieza Krishnamurti preguntando: ¿qué es el tiempo?, y entra a considerar el tiempo cronológico y el psicológico, el que mide el reloj: ayer, hoy, mañana, y el que corresponde al cambio entre “lo que soy” y “lo que debería ser”, entre el miedo que sufro en este momento y el intervalo que transcurre hasta que dejo de tenerlo. Inquiramos: ¿existe el tiempo psicológico o es una invención del pensamiento? La experiencia acumulada por el tiempo da al cerebro una seguridad; así, el saber está vinculado con el tiempo, pero ignorando lo que me puede suceder mañana, tengo miedo; he ahí cómo el saber origina también el miedo. Vemos, pues, que el conocimiento del tiempo transcurrido es causa de certidumbre y de incertidumbre, miedo, sin discutir el valor que el saber pueda tener.

Pero algo más perdura del pasado; alguien ha herido mi orgullo y arrastro el dolor de la herida, de la humillación sufrida. Yo tengo de mí una idea dignísima, y esa idea ha sido pisoteada perdurando como recuerdo. La proyección de lo sucedido impide que continúen amables nuestras relaciones. Detengámonos en el proceso. Tengo de mí yo una imagen, la inventada por el pensamiento, y al no ser así estimada, ha surgido un conflicto. Sin duda, la realidad nos depara aspectos físicos, por ejemplo, la contaminación del aire, las guerras, etcétera, y hay que protegerse de ellos; pero hay otros aspectos que son puras imágenes que ha creado el pensamiento y que nos inducen a resistir cualquier oposición. Cuando estoy henchido de vitalidad, es decir, absolutamente en estado de atención, mi actitud es de armonía con la vida y me mantengo libre de imágenes. ¿Puede el cerebro, vehículo del pensamiento, dejar de ser susceptible, de sentirse herido? ¿Puede el cerebro estimarse riquísimo del saber en un sentido, y carente de él en otro? De tener esa posibilidad, ¿podría entonces permanecer totalmente silencioso y partir de ese silencio?

Volviendo de nuevo al miedo, formula Krishnamurti esta pregunta: ¿Qué relación existe entre pensamiento y miedo? Recordemos que el pensamiento nace del conocimiento adquirido en el pasado, que saber es el pasado ofreciendo cierta seguridad. Pero recordemos, asimismo, que el pasado es causa de mi miedo, miedo a la inseguridad del mañana. ¿Cuál es la raíz del miedo físico y psicológico? ¿La raíz de todo tipo de miedo? ¿Es, quizá, el temor de “no ser”, “de no continuar siendo”, de “no devenir”? Devenir ¿qué, otra imagen? Si mi actitud no tiende a imagen alguna, me doy cuenta que las imágenes impiden, en todos los casos, favorables o adversos, efectivas relaciones humanas. El camino es, pues, no crear imágenes. Tratad de lograr esto y de vivir lo logrado. Percibiréis entonces que existe algo más allá del pensamiento creador de imágenes, más allá del vaivén que impide el silencio y la paz.

LA VIOLENCIA Y EL YO

El estado en que se halla el mundo reclama cambios. ¿Es esto posible sin violencia? Viendo que es lógico que las estructuras sociales se transformen, ¿podremos evitar el proceso violento que justifique el cambio? ¿Podremos evitar asimismo, no solamente los conflictos externos, sino las divisiones psicológicas internas?

¿Qué es lo que motiva la violencia? ¿Depende de una actitud agresiva del hombre derivada de su origen animal, o su propio proceso humano hallase vinculado a la violencia?

La respuesta no puede ser muy clara. Observemos su conducta, y podremos captar en ella, en una u otra forma, la voluntad de ser ALGUIEN. El camino que conduzca a ese objetivo significará siempre lucha, competencia, envidia, todo lo opuesto a una proyección amorosa.

Es probable que muchos imaginen que tener un propósito, un afán de superación es algo loable y digno, sin ahondar que encubre la violencia, que es algo que ha inventado la mente con su condicionamiento y su miedo, con su deseo de seguridad externa e interna. Dentro del proceso histórico, vive el hombre distintas fases o etapas; la actual, que se caracteriza por una plenitud en lo material -observemos la técnica- parece anunciar su decadencia en los valores del espíritu, y su manifestación más clara y contundente es el desequilibrio que satura la vida humana y la imperiosa necesidad de un cambio radical que restablezca la armonía. Entre los factores de perturbación destaca la hostilidad, ¿es posible ponerle fin?

Hemos podido darnos cuenta que es el “yo” la raíz de la violencia, porque él alimenta los objetivos y desvía los rechazos. ¿Puede el espíritu humano marchar con la vida, sin oposición alguna; responder espontáneamente a su Llamada sin originar conflicto alguno? ¿Puede ese espíritu eliminar su propia estructura fundada sobre el “yo”, raíz de toda confusión? El “yo” es un movimiento, es cosa viva. ¿Puede ese movimiento transformarse en otro sin violencia? Espíritu y “yo” constituyen una unidad, una energía. La propia del primero es SER; la del segundo “ser en el tiempo”, por lo tanto, energía condicionada. ¿Es posible *ver* que en todas las acciones del “yo”, de ese ser en el tiempo, ya sean positivas o negativas, reina una forma de violencia; que *es la violencia*?

Si el “yo”, que es ser en el tiempo, pensamiento, solamente ofrece una respuesta condicionada, ¿puede el espíritu, la inteligencia del hombre, la entidad que VE que el “yo” es la raíz de todo mal, preguntarse?: “¿Es posible vivir sin el “yo”? y ante él desplegada la realidad, la que caracteriza nuestra sociedad humana, captar esa realidad que es ver en el presente, ver en ACCION, y ver en el *ahora* fuera del tiempo, directamente, en plenitud, sin tender a evasión alguna; es ver en afirmación tan íntegra que imagen alguna exista: la estampa y quien la contempla, se han fundido en la visión.

CAMBIO RADICAL. LA VOLUNTAD

Es indispensable -empieza Krishnamurti- una gran dosis de energía para lograr un cambio radical. Tenemos la energía, pero la malgastamos o desperdiciamos en multitud de intereses sin importancia.

Tomemos, como ejemplo, la energía sexual sobre la cual los antiguos recomendaron severo control haciendo intervenir la idea de Dios o algún otro tipo de concentración. ¿Cuál es la causa fundamental de ese derroche de energía? Dejando de lado la cultura heredada que lo favorece, hay algo más profundo a tener en cuenta: ¿Podemos vivir sin resistencia alguna? La causa de la resistencia es la voluntad, su eterno: “conviene hacer esto”, “no conviene”, “quizá convendría”, etcétera. La voluntad actúa independiente del hecho, de “lo que es”; es la afirmación del yo, la manifestación del deseo.

Conscientes de lo que es la voluntad, ¿podemos evitar que intervenga en nuestra vida? El deseo depende de las circunstancias, del ambiente, siempre en contradicción y resistencia a “lo que es”. ¿Puede existir el obrar permitiendo que el espíritu viva en un mundo que, sin separarse del campo del saber, sea libre, más allá de toda limitación? Y Krishnamurti sustenta: Sí, esa acción existe, es instantánea porque no se ejerce dentro del tiempo y en ella no actúa la voluntad. Para descubrirla hay que saber observar, mirar, y así darse cuenta que el hombre puede liberarse de su condicionamiento, que es el condicionamiento de la voluntad.

Contemplar: he ahí el problema central; contemplar sin resistencia, sin preferencias; contemplar la cordillera, los árboles, los amigos, la familia; contemplarlo todo sin que exista imagen alguna; contemplar “lo que es”, y dejar que en esa paz apunte: ¿Qué es la verdad?, ¿qué es el amor? Preguntas a las que, instintivamente, se responderá: “No lo sé”, para en esa negación, lo que no es la verdad, lo que no es el amor, captar el perfume de “lo que es”. Claramente entonces se patentiza que es falso todo lo que ha construido el pensamiento (excluida la acción del intelecto, la tecnología); que no es amor la ambición, la envidia, la competencia, las poderosas columnas sobre las que se asienta la sociedad moderna; que el amor no es placer, no es satisfacción, no es posesión ni dependencia. ¿Por qué el amor se ha vinculado a la sexualidad y adquirido así tanta importancia en nuestra vida? Quizá porque

no teníamos otra cosa de mayor interés. A veces se ha desviado la idea del amor hacia Dios, hacia el Estado, hacia el prójimo, pero nada de esto lo es; el amor es algo totalmente nuevo.

¿Cuál es el estado del espíritu capaz de enfrentarse con algo del que nada sabe, excepto que llegará el momento, SEGURO, de la muerte física? El del miedo. Ese miedo que ha impedido al hombre enfrentarse con su vida sin angustias, sin sufrimiento, sin causa de culpabilidad, y le impide asimismo enfrentarse con la muerte. De nuevo encontramos la intervención de la voluntad, de la resistencia: derroche de energía que le impide asimismo, contemplar la muerte cara a cara. Ser capaz de ese enfrentamiento con lo desconocido, SIN JUICIO, desvanece todo temor, incluso el temor a la muerte. He ahí la acción de la inteligencia.

INTERIORIZACIÓN

En una de sus charlas sustenta Krishnamurti que nosotros somos el mundo y que el mundo somos nosotros, afirmación que nos lleva a reconocer el valor de la interiorización así como a darse uno cuenta que si alcanza a comprenderse se sitúa en una dimensión totalmente distinta.

¿Cómo lograr esa comprensión? ¿Es posible que sea global, es decir, que incluya lo consciente y lo inconsciente, esa parte de nosotros mismos a la que somos insensibles; es posible que nos permita entrar en contacto con algo que la mente no puede medir? ¿Podemos hacer esto en forma no analítica, sin un yo que observe, ese yo complejo, vivo, en el mismo sentido que lo es la sociedad nuestra creación, no simplemente acumulación de lo vivido?

Si partimos del observador que contempla lo observado, aceptamos -advierte Krishnamurti- un punto de vista y, desde ese momento, entramos en conflicto. En esa forma, cuando me observo me detengo en lo que está bien, y lo que está mal, lógica consecuencia de mi condicionamiento, de mi cultura; o sea, de mi deseo de modificar lo observado a través del análisis.

El análisis implica tiempo, observación metódica en división; analista y analizado; ahonde en todos sentidos, hasta llegar al final del proceso. ¿Se lograría una captación global a través del dormir? Y hemos de reconocer que no, porque durante ese descanso prosigue, generalmente, la actividad del cerebro, por lo tanto, la acción analítica.

Expuesto lo que antecede formula Krishnamurti esta pregunta: ¿Es el hombre o el espíritu del hombre, capaz de contemplar sin que exista observador y cosa observada? Pero, ¿qué es el observador? Y ratifica, para llamar sobre ello la atención, que SI existe observador, está presente la acumulación de lo vivido, lo pasado y, por lo tanto, juzga. Al juzgar deja el yo de ser algo vivo, se convierte en lo muerto, lo cristalizado, lo que fue: he ahí el conflicto entre el ayer y el ser porque está perdurando el yo con su condicionamiento.

Y de nuevo, ¿puedo lograr la auténtica interiorización; contemplarme con mirada no alterada por el tiempo que es análisis, nexos con el pasado, proceso onírico, recuerdos, etcétera? ¿Puedo lograr la paz y la libertad que den origen a una nueva cultura, la que armónicamente mantenga relaciones humanas auténticas? ¿Pueden ver mis ojos claramente, no cegados por la confusión; VER, sin que imagen alguna deforme la visión? La capacidad existe, depende del hombre la acción efectiva.

ESPACIO INTERIOR Y EXTERIOR

En la iniciación de su charla, Krishnamurti entra a llamar la atención sobre el espacio interior, el del yo, y el exterior a él, del no yo; es espacio del observador y de lo observado. Por ejemplo, ante nosotros las montañas, los hombres, y nosotros que los contemplamos. Esto significa una división y un espacio.

Lo que yo capto son imágenes, las imágenes que yo proyecto como observador. ¿Puedo evitarlas y establecer la conexión directa? Mi centro, el yo, corresponde a una cárcel. ¿Puede desvanecerse? Esa cárcel me aísla, no puedo traspasar sus muros. Pero el centro, el yo, la cárcel, es la conciencia; es el contenido de la conciencia. Sin el contenido, ¿existiría la conciencia? Y eso es el espacio.

¿Puede la conciencia vaciarse de su contenido naturalmente, sin que presión externa o interna actúe? Cuando se acentúa la dificultad de lograrlo, el hombre recurre a la religión, a Dios, a los ritos.

El contenido de mi conciencia es mi sufrimiento, la tristeza, la tradición, la angustia; ser de eso consciente, ver asimismo si el espíritu, con su cerebro que ha evolucionado a través de siglos, puede liberarse sin renunciar a él que es instrumento maravilloso; captar que el amor no es placer, no es deseo, no es generador de imágenes; penetrar todo eso en clara observación: he ahí el camino que podría llamarse meditación.

Lo que antecede significa lograr una armónica relación entre lo conocido, la realidad claramente observada, y lo desconocido, eso que puede llamarse proyección amorosa. Moverse entre lo uno y lo otro, entre el vaciar la conciencia y el conocer el amor, es armonía e inteligencia.

¿Qué es el auténtico amor, eso desconocido? Imposible responder a esa pregunta: no lo sabemos, sustenta Krishnamurti. Si liberar la conciencia de su contenido es amor, ¿qué relación existe entre lo conocido y lo desconocido? Mi espíritu ha de observar cómo la liberación se lleva a cabo, o sea, cómo se evita la imagen y, por lo tanto, el observador. La imagen implica la presencia del pasado, ya sea a través de la creada en cada instante, ya sea a través de su proyección futura. Si subsiste como imagen o como idea, perdura el ayer, el pasado. Si la evito y rompo toda relación con lo que fue, subsiste el espacio, pero no es el que encierra el centro. La profundización de ese espacio REVELA algo no inventado por el pensamiento, y sin relación alguna con la religión, algo que pudiéramos llamar sagrado.

SOBRE EL BIEN Y EL MAL

Se inicia la charla en torno a la idea cristiana del pecado original o a la asiática del karma, ideas que son causa de aflicción y tristeza ¿Deriva de ellas algún bien? Y entra Krishnamurti a formular la pregunta: ¿Es el bien y el mal, dos extremos de un mismo sistema, o son dos cosas separadas? Si son dos cosas separadas, ¿qué es el bien y qué es el mal? Y comenta que, según las épocas y las ideologías, en un periodo se consideraba malo lo que en otro se aceptaba como bueno.

Pero, ¿qué es el bien? Y, naturalmente, tendemos a vincularlo a lo que consideramos lo más excelso, luminoso, perfecto, Dios, y atribuimos lo peor, lo sombrío, lo imperfecto al diablo. Más o menos indicado lo que es el bien y el mal, ¿creemos que existe un bien absoluto, así como un mal absoluto? Siente Krishnamurti que el bien corresponde a un orden total, absoluto como las matemáticas, bien que puede existir en el interior del ser humano y asimismo en el exterior, porque el hombre es el mundo y la conciencia del mundo es el hombre.

Ahondando el concepto de ese orden, ¿podríamos decir que es elaboración del pensamiento, del saber, o existe más allá del área del intelecto, de lo conocido? Para llegar, por observación, a darse cuenta, que si fuera resultado del pensamiento, correspondería a un plan preestablecido; sería fruto de una imitación, lo que conduciría al desorden o al conformismo y, por lo tanto, tendería a lo que podríamos llamar mal.

Prosigue Krishnamurti: orden es virtud y no puede cultivarse porque esto implicaría nacer y crecer lentamente sería proceso temporal. Al no vivir los hombres dentro del orden, es decir, en armonía con su vida espiritual, afectiva y con sus actividades físicas, crean el desorden que es destrucción, brutalidad, violencia, y producen el mal.

¿Existe alguna relación entre el no bien, mal, y el orden? Si soy consciente del desorden, el mal se desvanece y me muevo en el campo del bien. Esto permite afirmar que el mal absoluto no existe, pues si así lo concibiéramos, su afirmación sería la negación del bien.

Según Krishnamurti, las relaciones humanas están situadas siempre en el “ahora”, no en el pasado, pues si su raíz ahí estuviera, no afectaría al presente. Nada dificulta la comprensión de esto, si somos conscientes de que uno es el mundo y de que el mundo es uno mismo.

Considerando que el bien implica la abnegación total del individuo, del “yo”, siempre agente de separación; que el ego es el centro del desorden porque es elemento que divide, el mantenerse en el círculo de un movimiento auto céntrico, engendra el desorden, origen de todo conflicto. A menos que el yo no sufra una transformación radical, dejar de ser, continuará, más o menos, el desorden social. El orden significa la acción en la libertad: he ahí lo que lleva a intuir, a captar, el maravilloso sentido del orden absoluto.

LA LIBERTAD

Introduce su charla Krishnamurti diciendo cuán valioso sería que, en actitud completamente libre, nos sintiéramos todos en amable relación, participáramos en actividades comunes no en simple aspecto intelectual, filosófico o metafísico. Y presenta la imagen de la unidad en la multiplicidad recurriendo al árbol, uno y múltiple; perfectas las hojas en sí mismas, pero integrantes de la unidad, árbol. Considera que esta realización podría compararse a una flor que expande su perfume: nada se distribuye, es algo que existe para goce de todos.

¿Por qué esa cualidad de amorosa integración no existe en la convivencia humana? ¿Qué le falta para no poseer esa flor maravillosa que jamás se marchita?

Seguramente -continúa Krishnamurti- que nuestra agitada vida, con sus problemas y sus afanes, no nos permite inquirirlo y, quizá, de hacerlo, el interés sería tan débil que ningún resultado obtendríamos. ¿Por qué? ¿Por

qué esa indiferencia o pasividad? ¿Por qué esa falta de pasión para descubrir lo que sería fundamental? ¿Es el miedo a la palabra pasión, vocablo del que tenemos una falsa idea al confundirla con el deseo derivado de la vida sexual y de lo que con ella se relaciona? ¿Es quizá, miedo a la vida? ¿Qué es para el hombre vivir? Lucha cotidiana, conflictos, ambiciones, angustia, etcétera. Si es el miedo, ¿cómo trascenderlo? Enfrentándose con él, pero eso sólo es posible si se le comprende. Mas, para comprender el miedo hay que comprender asimismo qué es la vida.

¿La vida? ¿Es algo vago, indefinible, que solamente puede asirse conceptualmente? No, la vida es un penetrante impulso sin comienzo ni fin; movimiento en sí mismo; captarlo es ser uno con él, sin espacio entre el observador y lo observado; entre el que contempla y su angustia, su conflicto, su desesperación.

Y continúa: Para comprender ese impulso se necesita de una apasionada energía solamente existente en la libertad, y entonces se intuye que muerte y vida constituyen, son, una unidad. Vivir es comprender la realidad creada, nuestra realidad, y en esta comprensión vivir es morir. Porque vivir es morir a todo lo conocido, liberarse de ello. He ahí la muerte y con ello alcanzar la auténtica vida.

Termina Krishnamurti su charla con la pregunta con que la inicia: ¿Por qué esa llama, la llama del amor, no inflama el corazón del hombre? Tan sólo en la plena entrega por descubrir la vida correcta, ver lo que ES, tan sólo en la negación total de la violencia y el desequilibrio -lo característico de nuestra existencia siempre en dependencia, nunca en libertad-, tan sólo así puede esa llama nacer: es un estado de silencio y desprendimiento.

LA CONCIENCIA, SU FRAGMENTACIÓN

Se entra a enfocar la charla con la pregunta: ¿Contempléis la vida como un todo o fragmentariamente? ¿Es posible observar el movimiento vital como un proceso unitario? Educados dentro de cierta cultura, instintivamente nos inclinamos a parcelarla, y de ahí deriva el desorden. Quizá alguien piense: ¿Por qué siempre el enfoque es el desorden, no en el orden? Porque el desorden, no el orden, es lo que vivimos. No soy yo quien lo afirma, es nuestra realidad la que patentiza las condiciones de nuestra vida colectiva.

Si somos incapaces de ver la vida como un todo, contemplémosla fragmentada aceptando el proceso unitario como un principio, un concepto, y la división, la fragmentación, como otro principio, otro concepto. Los psicólogos consideran que hay que tener en cuenta el aspecto consciente y el inconsciente de la personalidad; difícil de conocer el segundo, no así el primero. Detengámonos en ello para ver si es lógica esa división en consciente e inconsciente.

Parece que, sin gran dificultad, podemos conocer las operaciones conscientes de nuestro espíritu. ¿Podemos asimismo observar conscientemente las inconscientes? Démonos cuenta de lo que significa pretender la captación del contenido consciente o superficial, a causa del condicionamiento a que nos ha conducido nuestra cultura, y observemos lentamente la respuesta a la pregunta: ¿Soy consciente de mi condicionamiento, incluso el que afecta los repliegues más profundos de mí ser? ¿Tengo la capacidad de contemplar el contenido de mi conciencia, teniendo en cuenta que ese contenido ES la conciencia?

Cuando afirmo “yo soy el mundo y el mundo soy yo”, ese “yo” hállase integrado por todas las distintas partes del contenido. ¿Cuál es la entidad directriz que examina? Si existe, forma parte del contenido consciente e inconsciente, y desea liberarse del condicionamiento porque, de lo contrario, se mantendría en esclavitud. ¿Cómo lograrlo sin que subsista la división entre analizador y analizado, sin dejar de reconocer que todo el contenido de la conciencia, el consciente y el inconsciente, ES la conciencia, y que todo esfuerzo para salir de ella es parte del mismo contenido?

He ahí el hecho: un movimiento único, difícil de captar porque estoy condicionado. Pero, ¿sería posible intuir que mi conciencia hállase constituida por fragmentos, que ella es la fragmentación? Si de esa verdad soy consciente, como estoy seguro de que el fuego quema, esa verdad que se origina en la inteligencia, es el promotor de la acción inmediata, y esa realización actúa sobre la vida cotidiana.

LA INTELIGENCIA Y LO INMENSURABLE

Desolador es el panorama del mundo; su realidad, lo que sucede, poco puede corresponder a simples afirmaciones verbales. Algo semejante podemos observar en el hombre; de nada sirven las sanciones religiosas, los intentos revolucionarios, las reformas políticas. ¿Cómo liberarse de esa confusión interna y externa? En diversos aspectos -dice Krishnamurti- hemos enfocado nuestras charlas: sobre el orden, el miedo, el sufrimiento, el amor, la muerte. ¿Se ha logrado algo? Difícil es afirmar nada. Quizá pueda ser útil el enfoque de todo ello desde una dimensión distinta; podemos intentarlo.

Empecemos preguntando: ¿Qué es el espacio? Y nos damos cuenta que donde él existe, hay silencio. No se trata, naturalmente del rinconcito elaborado por mi pensamiento, sino de algo vasto, a él inaccesible, y en el que mora el silencio. El rinconcito que es morada del hombre está en relación con el aislamiento, del que se eleva un muro entre él y lo que de lo exterior puede afectarle negativamente. Desde ése, su mezuquino centro, piensa, ama, actúa, trata de reformar el mundo.

Previas las afirmaciones que preceden, ahondemos el asunto en dos aspectos: en uno, considerando el espacio infinito en el que, en ambiente de libertad, reina la paz; en el otro, salvando el muro de resistencia que ha creado el pensamiento. ¿Podrían fundirse esos dos aspectos, deslizarse bajo un solo movimiento? Este ha sido el gran interrogante para el hombre religioso cuando se ha lanzado a profundizar. Y es que es muy amable conservar el pequeño yo, el minúsculo lugarcito donde se mueve, sus experiencias, sus ilusiones, y *asimismo*, moverse en una dimensión distinta donde puedan actuar los dos principios. He ahí lo que es ideal para la mayoría: vivir la vida en plenitud de goce, pero evitando lo desagradable que le acompaña; caminar ligero en libertad, pero sin dejar de cargar algún fardo sobre sus hombros. ¿Es esto posible? Y se puede responder: Sí, cuando el pensamiento se halla en armonía con la inteligencia que funciona desde el espacio inmensurable del silencio. No, cuando, como contenido de la conciencia, es reacción de la memoria, síntesis del saber, de la experiencia y del tiempo.

La vida es el movimiento de nuestras recíprocas relaciones; movimiento constante, que cambia. En libertad se mantiene, si no hay división entre pensamiento y pensador, o sea, cuando aquél no se divide en yo y no yo; el experimentador, observador, y cosa observada, lo que experimentamos. El pensamiento, con todo el contenido que se acumula de instante en instante, es algo vivo, no muerto cuando se mantiene en armonía con el vasto espacio al que nos hemos referido. Pero pierde su vitalidad, al crear el pensador dando así origen a la división y al conflicto por haberse convertido en el pasado estacionario e inmóvil.

Ver esto, ver esa verdad induce a preguntarse: ¿La veo a través del pensamiento, o late en ello algún otro principio? ¿Será la inteligencia? Al crear el pensamiento la división: pasado, presente y porvenir, el pensamiento es el tiempo, no puede ir más lejos. ¿Cuál puede ser entonces la relación entre el pensamiento y esa inteligencia? ¿Es ella innata? ¿Es una cualidad del espíritu que percibe el hecho y permanece ante él totalmente silenciosa, sin pretender trascendencia alguna, como tampoco dominio, ni modificación? ¿Podemos captar esto? Es algo similar a permanecer consciente, pero impasible, ante el sufrimiento. Observemos entonces la acción de la inteligencia, cómo recurre a toda su experiencia, y cómo saber y pensamiento *no son* causa de división.

Observemos *asimismo* de qué modo se ha logrado el silencio y la actitud estática. La armonía es silencio, y se manifiesta, *existe*, entre el cuerpo, el corazón y el espíritu que vibran en cadencia. *Existe*, es decir, no es resultado de disciplina o supeditación alguna, lo que significa que la vida del hombre, por su conducta, o sea, por su pensar, sentir y querer, puede lograr el equilibrio que es armonía.

He ahí el nuevo estado de la vida humana: el que se alcanza con el despertar de la inteligencia, el nuevo paradigma, lo inmensurable.

LA VIDA HUMANA

En tres aspectos puede observarse la totalidad de la vida: en el aspecto que corresponde al mundo social; en el aspecto que corresponde al mundo individual y en el aspecto que corresponde al mundo natural que presenta, podríamos decir, dos caras: la conocida y en vías de conocer y la desconocida o misteriosa que concebimos como enigma.

Krishnamurti entra inmediatamente a sustentar que esos tres aspectos constituyen una unidad, un solo movimiento y que carece de sentido referirse al mundo exterior, al mundo interior y a una realidad más allá de ellos dos, integrada por la Naturaleza y su misterio. Y continúa:

El mundo exterior, el social, es mi creación. Con toda su complejidad, sus maravillas y sus desaciertos es una proyección del hombre. Entonces, si el mundo es mi yo proyectado en él, yo soy el mundo. Aceptar esto que Krishnamurti considera un hecho no una idea, permite concebir el enfoque del problema en forma totalmente distinta a como solemos. Los hombres, acostumbrados a organizaciones externas, cierran los ojos a lo que pasa en su interioridad y van en pos de la solución de lo que les preocupa, a través de actividades. Y Krishnamurti nos invita a que se observe la veracidad de que el mundo soy yo y que yo soy el mundo porque, de captarla, llega a comprenderse cómo mi conducta afecta al mundo, esa conducta que pertenece a la vida interior. Extendiendo la afirmación podemos deducir que mi conciencia ES el mundo, y que “la crisis EXISTE en esa conciencia, la mía, no en la organización externa”. Toda modificación en mi conducta ha de producir, pues, sus efectos, en la conciencia total.

Probablemente la mente humana arguya -aclara Krishnamurti- que aunque ella cambie, continuarán las luchas allá, en cualquier parte del orbe y predominará la injusticia y la opresión. Sin duda, pero si cada uno de nosotros

llega a sentir la responsabilidad que deriva de la firme creencia de que vida interna y la externa son una unidad, que nosotros somos la conciencia del mundo, una nueva sensibilidad saturará esa conciencia y se producirá una revolución radical. He ahí la mutación, el único camino hacia una realidad renovada.

LO SAGRADO

¿Qué es lo sagrado? A través de su charla Krishnamurti trata de conducir a los oyentes a que capten que la insensibilidad propia del vivir humano, no se neutraliza con la actividad mental o las creencias religiosas que lo complementan. Sensibilidad implica inteligencia; un hombre sensible es un hombre inteligente. ¿Es posible lograr que esto se realice a través de la voluntad?

Y continúa Krishnamurti con una de sus radicales afirmaciones: “La voluntad es algo absolutamente destructivo; tengo deseo o necesidad de lo que pretendo, y quiero obtenerlo”. Y así, en sentido positivo o negativo, enfocamos nuestro vivir. ¿Es éste el camino? Para saberlo, el único medio que tenemos a nuestro alcance es la observación, estar atentos, absolutamente atentos al proceso y deducir, por esa atención si, a través suyo, aumenta la sensibilidad y con la sensibilidad, mi inteligencia.

¿Qué descubrimos entonces? Que la voluntad no me ha puesto en contacto con lo que ES, sino con lo que desearía ser, y que existe una barrera infranqueable entre uno y otro: ES, lo que existe en este momento, en el AHORA que estoy viviendo; el “desearía ser”, un concepto, un pensamiento, una imagen. ¿Puedo saltar del concepto a la vida? Sí, marchando con la vida, es decir, uno con ella; y surge la oportunidad de lograrlo con *la atención*.

Krishnamurti prosigue: Si estáis atentos al vivir humano, os daréis cuenta del desorden que lo caracteriza, y que no se evita con un acto de voluntad, sino viéndolo y dándose cuenta que corresponde a vuestro propio desorden. De esta visión nace naturalmente el orden, el orden en el hombre como resultado del contacto directo y, en proyección suya en el mundo. Otra afirmación contundente de Krishnamurti: “No nos hallamos en el desorden, SOMOS el estado de desorden”. VER esto implica acción inmediata, sepultar el pasado en el inconsciente, unificarse con la vida, que no es campo de batalla, de angustia y amargura.

Y aquí llegamos a la pregunta: ¿Qué es lo sagrado? Y Krishnamurti lo comenta diciendo que la atención es, en sí misma virtud, moralidad; que virtud es belleza, belleza es amor; que sin amor no hay virtud y, sin virtud no hay orden. Contemplar el cielo que nos cobija en plenitud, es alcanzar el más alto objetivo del orden absoluto, algo que es, en sí mismo, sagrado; el amor al prójimo sin mancilla alguna, es amor sagrado. No existe la esencia de lo sagrado en las creaciones del hombre, sino en el total rompimiento con el pasado, con la memoria. Se produce la trascendencia del ayer cuando se ven las cosas como son, cuando se entra en directo contacto con ellas. De ese estado de orden, de disciplina de virtud, nace el amor que es pasión e inmediatamente actúa: no existe el tiempo entre la visión y la acción.

El mundo necesita de un cambio, de una inmensa revolución, no sangrienta como las conocidas, sino psicológica; una revolución que es orden. El orden es la paz que, con su virtud nace, cuando el hombre entra en contacto con el desorden de su vida cotidiana. A partir de ello el bien, que es lo sagrado, se abre y florece, no se necesita de otra búsqueda.

LA VIDA RELIGIOSA

¿Qué es la vida religiosa? Si entramos en ese tema podremos descubrir -dice Krishnamurti- lo que es la religión y, sin duda, comentar lo que es el observador y la cosa observada, la inteligencia y la meditación. Mi punto de vista difiere de la aceptación general, en torno a la creencia de un Salvador, de un Dios, del valor de los ritos, que estimo propaganda desprovista de valor. Comprendo el origen de esa actitud tan extendida, y es que el hombre se halla siempre en búsqueda de seguridad; considera su vida tan incierta, tan desprovista de sentido, que el miedo le induce a buscar algo en qué apoyarse. Si pretendemos una sincera búsqueda, hemos de rechazar todo esto.

No es difícil captar el proceso si, en verdad, deseamos comprender; el pensamiento inventa siempre ángeles, demonios, dioses, cualquier imagen que resuelva su problema y mentalmente actual. Pero al apuntar la inteligencia el hombre inquiere: ¿Cómo lograr la tranquilidad del pensamiento, mantenerlo en silencio a fin de que el espíritu sea libre de examinar? En el primer momento se inclina por sistemas, disciplinas, pero el cerebro supeditado o el espíritu obediente, no pueden crear la paz: están mecanizados. No es realizable el objetivo con el pensamiento, la voluntad o el deseo.

Obsérvese lo que significa ser consciente de la actividad mental. De la misma manera que se puede observar objetivamente el árbol, la nube, cualquier objeto, se puede percibir cómo actúa el pensamiento, cómo ser

consciente de uno mismo, independientemente del observador, porque si existe hay división, hay conflicto. Esto implica lograr lucidez en esa toma de conciencia, trascender la dualidad entre observador y observado, salvar la “distancia” entre uno y otro, la imagen que los separa.

¿Qué relación existe entre esa toma de conciencia, que es silencio, vacío, y la meditación? Démonos cuenta que esa palabra “meditación”, corresponde a medida, función del pensamiento que es el creador de la cultura, de la tecnología, de las actividades de nuestra vida diaria que pueden medirse, y que son fundamentales para nuestra civilización moderna. Cuando se logra el sosiego completo del cerebro de todo el organismo, cesa toda medida en tanto a pensamiento, ya que mientras éste funciona es incomprensible lo que no puede medirse. Entonces, ¿qué relación puede existir entre eso, lo inmensurable, y nuestra vida cotidiana? Podemos observar que el absoluto silencio del pensamiento da origen a otro estado o dimensión, donde lo que no puede medirse ejerce su propio movimiento. ¿Corresponde ese estado en algún sentido, a nuestra vida normal? ¿Hay relación entre lo conocido y desconocido, entre lo medible y lo inmensurable? ¿Cuál es el nexo, si existe la relación? Y llega a percibirse el elemento que únicamente puede existir cuando cuerpo, corazón y espíritu se hallan en auténtica armonía: *la inteligencia*.

¿Qué implica esa afirmación? Que la inteligencia solamente puede actuar cuando se ha realizado la sensibilidad del cuerpo, gracias a la eliminación de los excesos en la comida, en la bebida, en el sexo; cuando se ha logrado la delicadeza y la inocencia del corazón, gracias a su incapacidad de herir o sentirse herido; cuando existe la libertad del espíritu por haber trascendido el miedo y al placer, eliminando el deseo de ir en pos de experiencias trascendentales por cansancio y aburrimiento de lo que la vida ofrece. Sensibilidad, inocencia y libertad son las condiciones previas al vacío que precede al despertar de la inteligencia, el estado que nada tiene que ver con el budismo, el zen, la autoridad, la tradición. Esa inteligencia significa orden, virtud, algo vivo, no mecánico: en verdad, vida religiosa, vida meditativa. Cuando ella actúa no hay necesidad de preguntarse ¿qué hay que hacer? El hombre se ha convertido en la sal de la tierra.

ÍNDICE

Nota del editor.....	7
Presentación	11
Introducción.....	17
Diálogo	29
Integración de mundo e individuo	32
El intelecto y la inteligencia	34
En tomo a la crisis de nuestro tiempo	36
¿Puede el hombre liberarse del tiempo?	38
¿Lucha?, ¿Felicidad?	40
La constante lucha del vivir humano	42
Pensamiento e inteligencia	44
Relación entre el pensar y el sentir	46
Importancia de la percepción	48
En torno a la mutación	50
El maestro	52
¿Existe la reencarnación?	54
Percepción e intereses	56
Relaciones humanas	58
La meditación y su interrogante	61
El centro de interés	65
Revolución interna	67
¿Qué es la verdad? ¿Puede comprenderse de inmediato?	69
En pos del placer	70
El arte de ver	72
¿Dónde situar el cambio?	74
Creencia en Dios	76
La lucidez mental y la imagen	78
Comprender	80
Actitud religiosa	81
Soledad.....	83

Conflicto	85
Pensamiento y acción	87
El orden	89
Qué es la oración	91
El tiempo y la imagen	93
La violencia y el yo	95
Cambio radical. La voluntad	97
Interiorización.....	99
Espacio interior y exterior	101
Sobre el bien y el mal	103
La libertad	105
La conciencia, su fragmentación	107
La inteligencia y lo inmensurable	109
La vida humana	112
Lo sagrado	114
La vida religiosa	116
Bibliografía.....	119

Contraportada

En *Krishnamurti, Antología Comentada de su Mensaje*, se trata de difundir en su *máxima y sintética* expresión el mensaje que el propio Krishnamurti ha ido divulgando por distintas regiones de Occidente y que va dirigido, a quienes quieran escucharlo, con el fin de que logren una radical transformación de conciencia y espíritu en esta época que se caracteriza por la violencia y la deshumanización de la sociedad y de quienes la conformamos.

El mensaje hondo y radical, contiene negaciones contundentes hacia lo que se podría calificar como el tesoro espiritual de la Humanidad y que hasta el momento nos ha regido. Sin embargo, nada de lo que sustenta Krishnamurti mengua, en verdad, el valor de las joyas que brillaron en el pasado y a la Humanidad iluminaron. Pero el presente ha trascendido al pasado y más ahora en estos difíciles momentos por los que atravesamos, es necesario que impregnemos a nuestras conciencias de los elementos adecuados para la transformación a fondo y que el propio Krishnamurti refiere así: ...“Se requiere una Revolución fundamental, radical, porque todo se derrumba en torno nuestro. A pesar de cierto orden aparente, asistimos a una descomposición, a un desmoronamiento; ola de destrucción que cabalga sobre la vida...”

Creemos así que esta *Antología* será de una incalculable ayuda para aquellos que quieran transformar su actual forma de vida espiritual y material.